

Matarile

Suplemento cultural del periódico 26

Año I Número 2

225

ANIVERSARIO
FUNDACIÓN
DE LAS TUNAS
1796 - 2021

Es mi ciudad, la quiero así



Proponemos...

Ciudad y poesía	4
Las sombras que vuelven (poesía)	8
Zona de cambio (patrimonio) El Museo y las piedras que transpiran	12
Búscame adentro (música) Nostalgia por la Miramar	16
Retablos (artes escénicas) Recuento de media centuria de fantasía	18
La jaula del tigre (crítica artística literaria) Un tema de Mick Jagger	22
Las Tunas o el pueblo de Raca Raca	24
Las cofradías selectas (narrativa) Cuentos de Andrés Casanova y Geonel Alejandro Rama	28
Babel (entrevista) Víctor Marrero, el alma siempre en Las Tunas	30
Esquina Vidal Los porqués del Guille	32
Fragmentos de su novela inédita Todas las noches y algo más (Evocación de un crimen)	34
Resumen de los autores	38

Página

PORTADA



Foto de Reynaldo López Peña

Director: Luis Ramiro Segura García
Editoras: Esther De la Cruz Castillejo y Zucel de la Peña Mora
Asesor principal: Carlos Esquivel Guerra
Diseño y realización: Reynaldo López Peña
Corrección de estilo: Marilú Hernández Guerrero

Cada trabajo expresa la opinión de su autor

2

Matarile

Año I Número 2
www.periodico26.cu
cip224@cip.enet.cu

26



Ciudad y poesía

Prólogo del primer libro digital salido a la luz por la editorial **Sanlope**. El título **De ciudad, pues, puede ser** es una reverencia a la localidad capital

Por Carlos Tamayo Rodríguez

CIUDAD

I

Esta es Las Tunas. Me valgo en parte de la ucronía para soñar sus recuerdos de cuando aún no era ciudad. José Rafael Fajardo García, uno de los fundadores, cura de la parroquia San Jerónimo, tuvo hijos con varias mujeres. Revisaba libros de bautismos, matrimonios y defunciones, de blancos y de negros, por separado, como mandaba el burocratismo eclesiástico racista, cuando llega una de sus hijas, Antonia María, casada con Manuel Agustín Nápoles Estrada, propietario de esclavos, ganado y terrenos. En el centro del poblado la familia disfrutaba una de las mejores residencias, el portal exhibía columnas de gran diámetro, parapetos en las guerras que vendrían.

En la finca Cornito, Nápoles Estrada poseía una casa de campo, un tren jamaquino - producía azúcar moscabado-, y otras propiedades. Allí también tenían tierras Ramón Ortuño Rodríguez, y el cura Fajardo, que les vendió parcelas a Juan Cristóbal y a Antonio José, para labranzas. Los nietos de Fajardo, descendientes de Antonia y Manuel, eran siete; destacan los tres varones: poetas, periodistas, editores, autores de libros: Juan Cristóbal (El Cucalambé), Manuel Agustín (Sanlope) y Antonio José. Juan publicó obras teatrales y **Rumores del Hórmigo** (bestseller de poesía, 1857); Manuel, **Flores del alma** (poesía, 1860, primer libro impreso aquí); Antonio, **Ayes nocturnos** (poesías y colección de artículos, 1862), primero pergeñado en Holguín.

Al templo católico asistía Isabel Rufina Rodríguez Acosta, camagüeyana de



singular belleza; era blanco para miradas alevosas de los creyentes mientras fingían rezar. Los ateos entraban solo a contemplarla, musa deslumbrante en sus 18, esposa de El Cucalambé, siete años mayor que ella. Juan (1829) nació cuatro años antes que Vicente García. El hogar de los Nápoles Fajardo estaba donde hoy se encuentra la Plaza Martiana, el frente daba a la Plaza de Armas (actual parque Vicente García). Desde el portal de la casa natal del bardo, décadas después, Vicente dirigió la Toma de Las Tunas (1876). La de los García González se encontraba donde actualmente está el memorial Vicente García. Aquellas edificaciones

del siglo XIX eran de gran porte.

El escritor permaneció en Las Tunas hasta 1858, a los 29 años se trasladó a Santiago de Cuba con Rufina y tres hijos. De allá desapareció a finales de 1861, faltaban siete años para comenzar la Guerra Grande. En el 58, Vicente tenía 25 años. No cabe duda: se conocieron personalmente. Nápoles Fajardo también conoció al poeta bayamés Carlos Manuel de Céspedes, cuando el futuro primer presidente de Cuba lo recibió en su morada de Manzanillo (diciembre 8, 1857). Luego en Santiago, Céspedes publicaba versos en el **Semanario cubano** y **El Redactor**, en los

cuales trabajaba El Cucalambé. El tunero intercambió palabras, quizás conversaciones y afectos, con dos orientales que en distintos momentos ocuparon la presidencia de la República en Armas.

En la torre de la iglesia-fortaleza militar, cuartel español en época de guerra, una campana perpetúa el nombre del párroco Fajardo, quien participó en el asalto a Las Tunas (1851) por el camagüeyano Joaquín de Agüero. José Rafael aparece en la historia de los curas revolucionarios. El Cucalambé puso a su pueblo natal en el mapa de la cultura cubana.

II

Caminaban a la sombra de los corredores, Vicente García González y su esposa Brígida Zaldívar Cisneros, camagüeyana de estirpe patriótica, dama muy hermosa. Se saludaban al pasar, el poeta santiaguero Francisco Muñoz Rubalcava, esposo de Tomasa, poetisa, hermana de Mercedes y Francisco Varona González, primos hermanos de Vicente. Coinciden durante el paseo con Julián Santana, natural de Las Palmas, Islas Canarias; Ramón Ortuño Rodríguez, artesano holguinero avecindado aquí, el bayamés José Manuel Capote Sosa, los tuneros Juan Fernández Ruz y José Sacramento León Rivero (Payito León). Quiso el ansia de libertad, cantada por El Cucalambé, que ellos y otros incontables partieran a la manigua redentora. Los nombrados fueron generales del Ejército Libertador; ellas, mambisas gloriosas; Mercedes, heroína.

Vicente desempeñó los cargos más altos de la República en Armas: jefe militar de Las Tunas y del Departamento Oriental -y el Camagüey, en comisión-, secretario de la Guerra y presidente de la República. Fue nombrado general en Jefe del Ejército Libertador el día siguiente a la Protesta de Baraguá, que también protagonizó. Respaldaba a Antonio Maceo por si los españoles intentaban asesinarlo, como se suponía.

A lo largo de los combates independentistas, Las Tunas fue asaltada en cinco ocasiones¹; y no dos -como dice uno de los poetas compilados- sino tres veces quemada²; así vio vencer y morir al mambisado. Fue destruida y reconstruida; destrozada en 1897:

perdió las arquitecturas civil y militar. Su identidad cultural se forjó en guerra. Los tuneros lo quemaron todo para salvarlo todo.

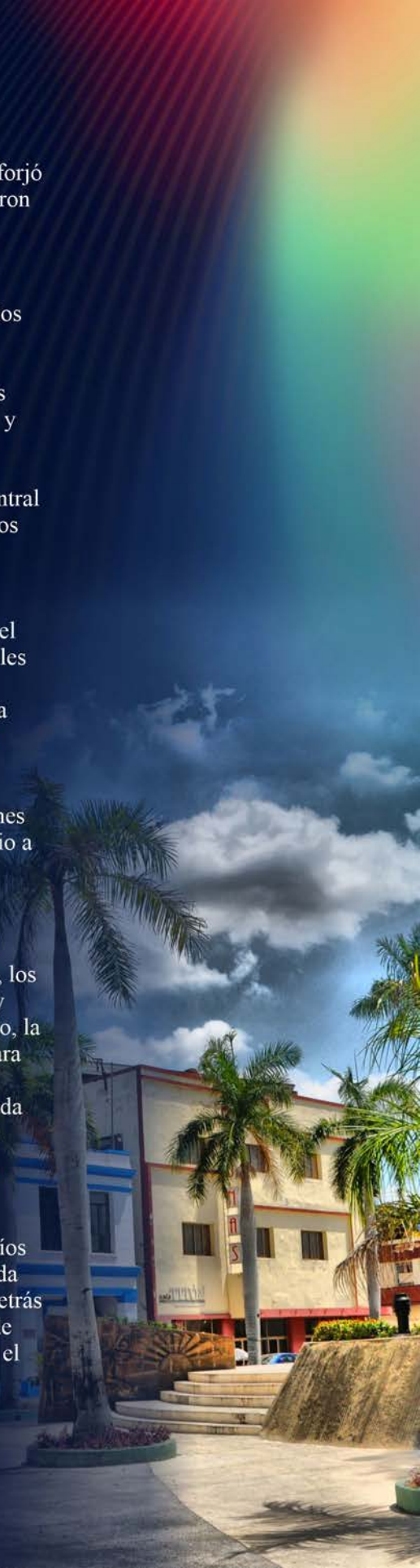
III

Por la Carretera Central, que atraviesa la indómita ciudad de los cactus, Fidel y los moncadistas pasaron frente a la estatua de Vicente García; iban a asaltar los cuarteles batistianos de Bayamo y Santiago de Cuba (1953). Todos los caminos de Cuba conducen a Las Tunas por la Central -entrada y salida de oriente-. Años más tarde (1959) los rebeldes bajaron de la Sierra Maestra y volvieron en la Caravana de la Victoria. Desde su monumento, el mayor general García González les rindió honores antes de que continuaran hacia La Habana. La población vibró por la dignidad recobrada.

La calle principal y el centro histórico recuerdan movilizaciones con motivo del ataque mercenario a Playa Girón y la alegría por la mayor derrota a los yanquis en América Latina; el éxito de la Campaña de Alfabetización y el regreso de los brigadistas a casa, los desfiles cada Primero de Mayo y contra el bloqueo norteamericano, la exigencia en tribunas abiertas para que devolvieran al niño Elián González, los inicios de la Jornada Cucalambeana, la llegada de los peloteros ganadores de la Serie Nacional...

IV

Pero las calles y los parques vacíos bajo la luna duelen. Ella no olvida que la desbordaban arrollando detrás de congas y comparsas, fiestas de día, noche y madrugada durante el carnaval que la distinguía en la





región oriental. La Covid-19 acecha y cobra vidas.

V

Nuestra patria acogió el lugar común “mar de pueblo”. Sufrió el día más triste de su historia, que también marcó la existencia mía. Lloró en nombre de los agradecidos que acudimos por millares a su corazón para verlo por última vez. Vicente García lo despidió, siempre con honores militares; frente a él pasó el armón con la urna y las cenizas del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Regresó a Santiago; no descansará en paz mientras su ejemplo -ser el primero en el combate- ordene derrotar a los agresores. Yace fiel, en la piedra de su eternidad. Padre nuestro, invicto.

Y POESÍA

El aniversario 225 de la ciudad -donde, como ya dijimos, nacieron el bardo Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, El Cucalambé

(Las Tunas, 1829-Santiago de Cuba, 1861) y el mayor general Vicente García González (Las Tunas, 1833-Venezuela, 1886), entre otros ilustres patriotas y poetas- será celebrado este 30 de septiembre, día de San Jerónimo, su patrono.

De ciudad, pues, puede ser - título de evocación martiana- es mi presente al cumpleaños. La compilación ofrece décimas espinelas de artes menor y mayor, sonetos, versos libres; respiran el mismo aire de la tunderidad compartida, hallados en publicaciones o escuchados en la voz de sus autores; también quienes supieron de mi labor me entregaron sus creaciones. Agradezco a la Casa Iberoamericana de la Décima facilitarme el acceso a sus fondos.

Coinciden portaliras nacidos en municipios de esta provincia -y de otras, que decidieron permanecer por siempre aquí- con residentes temporales y

quienes solo visitaban Las Tunas durante la Jornada Cucalambeana, cuando no era **online**.

Esta es una breve muestra de varias generaciones, desde 1829 hasta 1994, años natales, respectivamente, del mayor y la más joven. Comparten las páginas con tres premios nacionales de Literatura, miembros de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, la Asociación Hermanos Saíz, los talleres literarios El Cucalambé y Guillermo Vidal, y no afiliados, militantes de la poesía.

¹ Julio 8, 1851, asaltada por Joaquín de Agüero.

Octubre 13, 1868, por Vicente García.

Agosto 16, 1869, por Manuel de Quesada.

Septiembre 23, 1876, asaltada y tomada hasta el día 26, por Vicente García.

Agosto 28, 29 y 30, 1897, asalto de Calixto García.

² Los incendios ocurrieron en los asaltos de 1869 (16 de agosto), 1876 (26 de septiembre) y 1897 (30 de agosto).

LA ALBORADA

(Fragmento)

**¡Oh! Venid, mis compatriotas,
a los montes de Las Tunas,
donde al alba en las lagunas
suelen volar las gaviotas.
Venid a escuchar las notas
de mi rústica trovada,
y en mi florida llanada
decid al son de mi lira:
—¡Dichoso el que en Cuba admira
la vuelta de la alborada!**

*Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, El Cucalambé
(Las Tunas, 1829-Santiago de Cuba, 1861)*

PRIMERA ELEGÍA

(Fragmento)

Al mayor general Vicente García González

IV

¡Las Tunas

-tu bastión inexpugnable-
simboliza en un canto tus proezas.
Se yergue soberana en tu presencia
como la enseña en cada asta.

Y camina detrás de tus vestigios
para en ellos resuelta traslucirse
como el sol en la cima del Turquino!

¡Las Tunas

-cenizas palpitantes de tu hoto-
silabea tu nombre de tal modo
que el mármol que te empina se conmueve,
porque tú, paladín de nuestra gesta,
indomable León de Santa Rita,
“perspicaz rastreador del enemigo”
por toda la extensión de la llanura,
“sin descanso en los brazos para nada”,
fuiste para la Patria todo el grito
que aún se escucha latiendo en la espesura!

Gilberto E. Rodríguez, Montaraz
(Las Tunas, 1908–1989)

DEDICATORIA

A Othoniel Morffis Valera

Insistes en los rumbos
de la caña

que desafía el palmar
con sus raíces.

Todo está por hacerse,
eso anhelan las voces
que entonaron su canto
en la aldehuela

Victoria de Las Tunas
ahora victoriosa.

Pablo Armando Fernández
(Delicias, 1930)
Premio Nacional de Literatura 1996



CIUDAD

*Ciudad azul, desnudez
con un canto ante tus ojos.
En tus cactus, frutos rojos
coloreándome los pies.
En la luz, son estos diez
sueños versando tus cunas
y las calles son fortunas
desafiando un acertijo.
Sigo fiel al crucifijo...
voy descalza por Las Tunas.*

Yuslenis Molina Rodríguez
(Las Tunas, 1980)

La ciudad quería tener un nombre (...)

Carlos Tamayo

MEMORIA Y ACCIÓN

(Fragmento)

*Solares, calles, esquina,
evocan algún suceso:
un tiempo sin retroceso
la leyenda contamina.
El guerrero se encamina
a morir como un varón,
retumba luego el cañón,
saltan los muros del fuerte,
gritos: ¡Libertad o muerte!,
asedian al cuartelón.*

Ramiro Duarte Espinosa
(Pozo Salado, 1940-Las Tunas, 2010)

LEYENDA TUNERA

(Fragmento)

*Pasa en su caballo blanco
el jinete sin cabeza
-y el terror, haciendo presa
de la calle, en cada flanco-.
Salta rápido el barranco
hondo de la fantasía,
mas, la muerte -que lo guía-
no lo lleva al cementerio:
rompe el umbral del misterio
y llega a la poesía.*

Renael González Batista
(Holguín, 1944)

VENGO DE TI Y VOY A LA COSTUMBRE

II

*Ah, ciudad, cómo precisa el tiempo
sus pinceles,
qué manera de horadar los muros.
De tu reciedumbre y marasmo
yo conozco rincón por rincón
cada una de las esquirlas.
Ando por tus calles
cojeando a un palmo de la tristeza
al tiempo que retorno a las astucias
y ceremonias.*

*Ah, ciudad,
nadie me reconoce en medio de la multitud,
pero Dios cuida tus columnas
y alerta mis designios,
vengo de ti y voy a la costumbre,
entre Dios y la inmortalidad
solo quedan mis arrugas.*

Antonio Gutiérrez Rodríguez
(Las Tunas, 1950)



NOCTURNO PARA TRES: LA NOCHE, LOS CANTORES, LA CIUDAD

(Fragmento)

*Duerme, ciudad, que yo velo
por el siglo que se fuga
de tu sueño. Por qué arruga
identifico este cielo
envejeciendo un recelo
de horizonte y joven muro.
Amanece sin apuro
de una punta a la otra punta
y la noche se pregunta:
dónde está mi traje oscuro...*

*Y la ciudad no responde,
tiene sed de limo y ala.
Algo sucede, se esconde,
rumora. La sombra tala
una duda que resbala
en su corazón de tejas:
cuántas noches no me dejas
a merced de los cantores
con guitarras y con flores,
trepándome por las rejas.*

*Antonio Borrego Aguilera
(Las Tunas, 1962-2019)*

NOSTALGIA CITADINA

(Fragmento)

*Las Tunas y su llovizna,
húmeda voz de poetas...
Las Tunas, tú no lo sabes,
pero esta mujer que ves
trae enredada en los pies
el ancla de muchas naves.
Si voló como las aves
no siempre tuvo la culpa.
Y si ahora agrió la pulpa
de la fruta que antes fuera,
si no tiene primavera,
pide, triste, una disculpa.
Mira bien, que en su mirada
quizás de persona adulta,
hay una niña que oculta
se asoma, sin pedir nada.
Herida por la estocada
de un traicionero contacto,
los diez ladrones del tacto
trazaron su profecía,
y la han dejado vacía,
ay, Tunas, con el impacto.*

*Hermeides Carmen Pompa Tamayo
(Bayamo, 1962-Las Tunas, 1998)*



*Textos seleccionados del libro *De ciudad, pues, puede ser*

El Museo y las piedras que transpiran

Por Esther De la Cruz Castillejo

Algunos lugares tienen latidos propios. No importa que sean espacios rudos, de cemento y ladrillos; parece que transpiran, somos capaces de sentir la fuerza que imanta por entre las piedras, colosal. Los tuneros tenemos la fortuna de poseer uno así. Y lo sabemos al punto de que cuando lo nombramos usamos siempre, como al descuido, una palabra común para definirlo: emblemático.

De él van estas líneas; del edificio emblema de la ciudad de Las Tunas y que cumple 100 años este mes de octubre. Un tiempo en el que ha visto crecer a una ciudad y ha sido protagonista de notables sucesos para su gente. Por supuesto, nos referimos al museo provincial Mayor General Vicente García González. El recinto que ha sido, durante todo un siglo, una especie de ancla para esta urbe oriental.

Señala la historia que el sitio, apenas un solar yerno, propiedad del municipio de Victoria de las Tunas, antes de convertirse en la vetusta construcción a la que hoy rendimos honores, fue la casa del señor Enrique Rosende, luego Tambor de Voluntarios y, finalmente, Cuartel de Telégrafos. En todos los casos, de una sola planta.

El cambio más radical le llegó entre los años 1919 y 1921 cuando se acometieron las labores en el inmueble hasta inaugurar ahí, en fecha tan significativa para los cubanos como el 10 de octubre, el Palacio Municipal; y acoger entonces la sede de la Alcaldía y el Consistorio Municipal.

Esa intervención lo convirtió en una moderna edificación de dos plantas, de estilo ecléctico con

influencia neoclásica, que siguió dando cobija a los sueños de este pueblo y las ansias de desarrollo de todos sus hijos.

Y ahora, con el paso de las décadas, sigue ahí la mole de cemento por la que los lugareños rondamos, sin detenernos, con frecuencia, en los detalles. Destacan sus atributos decorativos, el límite superior y su no menos famoso reloj público; los arcos de medio punto en el primer nivel, los capiteles de estilo jónico griego, las balaustradas rematando la fachada... Y, aunque es cierto que todo no conserva sus características originales, también es verdad que en su mayoría sí, a pesar de los muchos usos que ha tenido el inmueble

desde aquellos años primigenios. Allí nació, el 28 de enero de 1951, la primera biblioteca pública que tuvo Las Tunas. En uno de sus salones, con el nombre certero de José Martí para atizar el camino; una iniciativa del alcalde José Hernández Cruz (Pepillo). Y todo, de la mano y el empeño de ese tunero colosal, su primer director, que fue don Pedro Osmundo Verdecie Pérez, un alumbrado que ¿por qué no?, quizás aún lo ronde, con esa magia que tienen los imprescindibles para nunca irse del todo.

Cuentan que en la parte inferior estaban inscritas las palabras Palacio Municipal, que fueron eliminadas en los primeros años de la Revolución, cuando se





convirtió en la sede del Comisionado revolucionario que asumió en el municipio tras la cesación de los alcaldes (Jucei, siglas de la Junta de Coordinación, Ejecución e Inspección). Muchos lo recuerdan. Y ellos confirman que allí se dirimieron los asuntos más importantes de esos años, decisiones colosales que marcarían distintos rumbos para la gente.

Algunos se sorprenden porque de pronto notan que ya peinan canas si vivieron esa etapa; y yo, en silencio, provoqué a mi imaginación pensando en cuántas discusiones trascendentes y dislates de todo tipo atesoran las hendijas de ese lugar.

No por gusto en sus salones se

dictaron muchas de las medidas de carácter popular que reorganizaron la cotidianidad de los habitantes del municipio de Victoria de las Tunas y de los entonces barrios de Jobabo y Manatí, que pertenecían a esta comarca.

Entre las otras páginas que enorgullecen de este espacio ciudadano está su condición de génesis de procesos educativos relevantes. Al menos eso recuerdan los lugareños que encuentro al pasar, en una esquina cualquiera. Dicen que corría el año 1971 y el local se convertía en el primer centro aquí para la Enseñanza Preuniversitaria. Tal acontecimiento, de la mano de Faure Chomón Mediavilla, marcó una de sus épocas de

mayores aciertos.

Todavía recorren estas calles quienes cursaron estudios allí, de la mano de un claustro valeroso que lideró, en un primer momento, la profesora Melva Rosario. Antes, los muchachos tenían que ir hasta Holguín o Camagüey para completar su Bachillerato.

La primera graduación de 13 grado fue en julio de 1974, porque en esos años, la Enseñanza Preuniversitaria constaba de los grados 11, 12 y 13; y la Secundaria Básica era de séptimo a décimo. Entre los nombres de docentes que resaltan algunos de esos que peinan canas están: Patria Dotres, Caridad Fonseca, Alcira Acosta, Carlos, el profesor de Educación Física; Alfredo,

Argote, Rafael y Gilda Concepción, en Secretaría. Y también recuerdan, con la nostalgia en los ojos que dan las memorias adolescentes, la intensa vida cultural que acompañaba las jornadas estudiantiles: el piano, el grupo de Filatelia, los recitales poéticos y hasta el conjunto musical que, aunque lejos del profesionalismo, hizo vivir a los tuneros veladas memorables en tan estimado edificio. Poco tiempo después otro hito académico: el inmueble cobijó a educandos de carreras universitarias. Graduados de especialidades como Agronomía o Economía, deben sus títulos al esfuerzo salido de este local, vuelto aulas. Sin embargo, el punto descollante, al menos en lo que a transformaciones se refiere, le llegó al recinto entre los años 1982 y 1984, cuando se realizó la más grande intervención desde su construcción misma. El objetivo era adaptarlo para ser convertido en museo. Entonces se sustituyeron los pisos de mosaico por granito, el diseño de la carpintería sufrió transformaciones, renovaron la

estructura interna de los espacios al abrir algunos muros para comunicar las salas, se añadieron en la segunda planta baños para visitantes y construyeron en la terraza almacenes de piezas museables e insumos.

En la planta baja adaptaron locales para oficinas y la sala de teatro. En el patio también construyeron baños y el Departamento Fotográfico. El que había sido el Archivo del Ayuntamiento, se convirtió en el Departamento Técnico con entrada exterior, al suprimir la escalera de caracol interna. Comenzaba para el inmueble un nuevo camino, pero siempre marcando el ritmo de la ciudad y acompañando los sueños colectivos.

Quienes vivieron la transformación de cerca cuentan que esas fechas fueron apasionantes por otras muchas razones. Resulta que el Museo Municipal (ubicado entonces en la residencia que ocupa ahora la Asociación Municipal de Combatientes de la Revolución Cubana) tenía muy limitadas sus colecciones. Y un grupo de apasionados, entre los que figuraban los jovencísimos

Miriam Reyes y Ramón Batista, de los primeros licenciados en Historia que recuerdan estas tierras, se dispusieron a revertir ese dilema.

Viajaron a zonas intrincadas, los horizontes eran múltiples, los deseos se idealizaban al conversar con los pobladores, reconocer sus vivencias y del mismo modo transfundirlas hacia el espacio nuevo, una colección de mapas humanos, muestras inéditas. El edificio arropó esos sueños, les dio color, les dejó una voz que todos podrían escuchar y celebrar. El primero de julio de 1984 abrió sus puertas.

Sus salones resultan, con más brío, orgullo local, sin discusión. Numerosos han sido los eventos, talleres y reuniones que ha acogido en estos años. Sin embargo, la voz de casi todos los expertos se detiene en 1985, cuando este sitio abrazó el grueso de las sesiones del Simposio de Historia Local. Aquel no fue un encuentro más.

La cita trajo hasta aquí a avezados como Hortensia Pichardo, Carmen Almodóvar y Francisco Pérez Guzmán. Y la fecha marcó un punto de giro en



los estudios sobre la historiografía del territorio. Al punto de que, desde entonces, se apuesta por desentrañar caminos y dignificar a figuras icónicas de las guerras libertarias que dieron todo en estos predios. Entre ellos, el mayor general Vicente García González es, quizás, el ejemplo más certero. ¿Cuántos de los más sustanciales debates sobre nuestro aporte a la historia patria transcurrieron en el edificio durante esos días? ¿Cuántas confesiones atesoran sus paredes?

Ahora, el recinto llega con cierto aire lúgubre a su aniversario 100; porque, que a una mole de cemento le instalen iluminación led en su fachada y le pasen una manito de pintura, no significa que verdaderamente le llegue la luz. Esa, cuando se cumple nada menos que una centuria, solo puede venir de las cosas mayores, de los cambios trascendentes. Y, en medio de un panorama sanitario terrible, como el que persiste en estas

tierras, algo así dista mucho de ser posible.

En este cumpleaños otras deudas acompañan. Desde hace tiempo merece una consecuente y más activa programación cultural, buscar vías, encontrar atajos, para que crezca el interés por recorrer sus pasillos, y que los pequeños apuesten por desandar sus salones sin que sean precisas, para eso, invitaciones organizadas desde las escuelas. Y más.

Un entorno cultural sólido, a tono con lo que él representa para los tuceros. Uno que saque al museo del museo y haga que todos los espacios sientan la fuerza de su añeja presencia, voz del paso de generaciones por esta tierra de cactus.

Hace falta que dejen de funcionar como parcelas los entramados de la cultura local para que él se llene del esplendor que merece, sin vericuetos. Otros sitios de la ciudad igual lo necesitan; pero no transitan por su centenario. No estaban ahí

para ver coronar a nuestra primera reina de belleza, para inaugurar festejos populares desde sus balcones, tampoco para recibir a la avanzada de la tropa rebelde cuando la Caravana de la Libertad pasó por Las Tunas, y no vivieron con igual tristeza, entre las lágrimas de todos, el desfilar lento del cortejo con las cenizas de Fidel Castro. Y tampoco han sido testigos de jornadas de concierto, discusiones acaloradas en su teatro pequeño sobre múltiples temas y reclamos justísimos de quienes quieren hacer más, desde la unión.

Un edificio de 100 años ya, en plena comarca del oriente cubano.

No se es viejo cuando se nace una y otra vez (solo la cultura brinda tales milagros). Esta mole de cemento que transpira, que recuerda, como en una especie de reclamo silencioso su imponente y sensible deseo de perdurar más allá de cualquier tiempo.



Nostalgia por la Miramar

Por Juan Morales Agüero

La historia musical tunera debutó con los aborígenes y sus fiestas de areítos. Pero su génesis la establecieron las bandas municipales, introducidas en Cuba por los españoles. La Banda de Concierto de Las Tunas se fundó en 1907 a instancias de su primer alcalde, Lalo Fontaine. Por entonces la dirigía el maestro español Manuel García.

En los años 30 del siglo pasado, cobraron inusitada popularidad en la otrora Victoria de las Tunas las agrupaciones de música bailable. En ese contexto se hicieron notar en los escenarios algunos colectivos que movieron los pies de los tuneros de la época. Entre ellos figuró la orquesta Gigante Miramar.

A juzgar por los anales históricos de la ciudad, la Miramar -como la llamó siempre el pueblo- fue fundada en 1939 por el pianista y compositor Alcibiades (Alcy) Agüero del Risco, en unión de sus hermanos Juan y Oscar. En sus primeros años de actuación estuvo bajo la batuta del percusionista Arturo Sánchez Quesada (Cucú), quien había formado parte de la Banda Municipal de Concierto.

En las décadas de 1940 y 1950 existió en Victoria de las Tunas un fuerte movimiento musical, complementado por varias academias especializadas, formadora de ejecutantes de gran calidad. Una de las agrupaciones con mayor aceptación por entonces fue la Gigante Miramar. Las sonoridades que generaban los instrumentos de su formato de **jazz band**, además del profesionalismo de sus músicos, le permitieron amenizar festejos en muchas ciudades cubanas.

En 1947, el gallego Isaac Rivera fundó el teatro Rivera, por cuyo tablado desfiló lo mejor de la cultura local, nacional y del mundo. En su escenario actuaron artistas del patio y otras latitudes: el mexicano José Mojica, el español Pedrito Rico, el chileno Lucho Gatica, la argentina Libertad Lamarque, el Benny Moré... La orquesta Gigante Miramar alternó con ellos y demostró su valía.

El 7 de diciembre de 1951, el patronato Pro-Arte en Tunas realizó su primera



presentación en el teatro Rivera, en homenaje al cantante Eduardo Medrano. Contó con la puesta en escena de la obra **El Dilema**, cuyo director artístico fue el popular actor Alfonso Silvestre. Para amenizar la gala se le cursó invitación a la Miramar.

Según refirió en una entrevista el propio Silvestre, “en esa época, en las distintas instituciones de instrucción y recreo de la ciudad se presentaban orquestas como Casino de La Habana, Riverside, Chepín y Mariano Mercerón, Los hermanos Avilés... Todas compartían tarimas y felicitaciones con nuestra Miramar”.

En 1956, ingresó en el elenco un músico emblemático, gloria del pentagrama tunero: Cristino Márquez Reyes. Llegó para ocupar una plaza de segundo trompeta. En poco tiempo ascendió a trompeta solista y a primer trompeta. Tampoco demoró en dejar su huella autoral y arreglista, así como en las orquestaciones. Alternaba su actuación con las retretas y los conciertos en la Banda Municipal.

Años más tarde, y para beneplácito de los músicos que tanto lo admiraban, Cristino asumió la dirección general de la orquesta. Los estudiosos afirman que fue la etapa en la que la agrupación alcanzó su mayoría de edad, con composiciones y arreglos audaces y contemporáneos. Cristino Márquez abandonó el grupo a fines de 1978 para dedicarse a dirigir la Banda Municipal de Concierto.

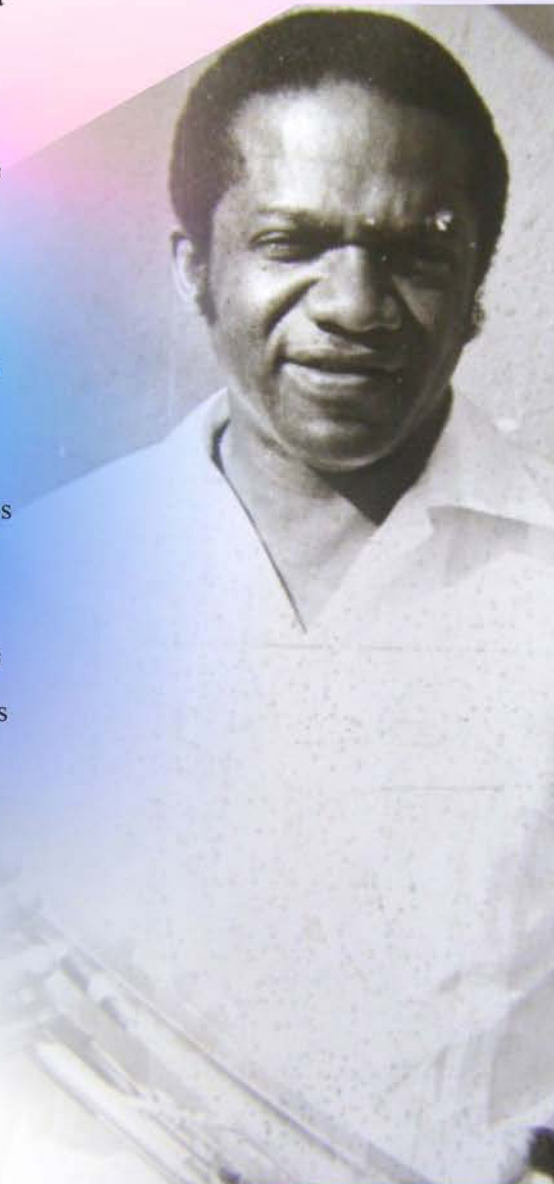
En la Gigante Miramar exhibieron su competencia varias generaciones de músicos notables. Algunos trascendieron sus atriles para probar fortuna en otros conjuntos. Alfonso González Mantilla (Guarapito),

por ejemplo, brilló como tecladista de Los Surik y luego con el grupo de Pío Leyva, El Montunero de Cuba. Formado por su mamá -la inolvidable Coralia Mantilla-, Guarapito triunfa desde hace unos años en Europa, sin olvidar jamás su tierra natal.

Un destacado vocalista que integró la Miramar fue Arturo Gooding. Su potente voz prima les insufló vitalidad a no pocas canciones. Luego de algunos años de renombre, se incorporó a Los Surik. Después, el conjunto Los Bocucos le propuso unirse a ellos y trasladarse para La Habana, lo cual hizo. En la capital cubana llegó también a cantar con la popular orquesta Revé.

Eduardo Montero (El Muso) fue otro que escribió su nombre en el prontuario artístico de la Miramar. Su carisma y facultades vocales para interpretar los ritmos cubanos, en especial el son, hicieron época, tanto en Las Tunas como en otros lares. Ansioso de explorar nuevos horizontes, se instaló en La Habana, donde cantó con Los Chuquis y el Conjunto de Roberto Faz, grupos que le dieron la oportunidad de recorrer varios países.

Finalmente, formó su propia sonora, con la que aún actúa. La orquesta Gigante Miramar se desintegró a finales de los años 70 del siglo pasado. Sus músicos tomaron diferentes rumbos en busca de otras experiencias. En el recuerdo y la nostalgia de los tuneros quedó inscrito su nombre. Y en la historia de la música cubana, una huella que perdurará para las generaciones venideras.



Recuento de media centuria de fantasía

Por Alberto Carlos Estrada Segura

El Consejo Nacional de Cultura y el Ministerio de Educación fundan en 1969 la Escuela Nacional de Formación de Teatro Infantil, por donde paulatinamente van pasando grupos de actores de distintas zonas del país.

Al territorio Tunas-Amancio-Puerto Padre, hoy Las Tunas, le llegó la oportunidad de enviar a sus representantes en los primeros días del año 1971. Los interesados tuvieron que mostrar antes sus aptitudes en un taller de actuación convocado por Juan José Rodríguez Morell, instructor de teatro y dramaturgo, y la profesora y promotora cultural Eloísa de Roble, quien prefirió el cuento **Los tres**

cerditos y el lobo para que los aspirantes desplegaran sus dotes. Después de esa preparación, los elegidos para ir al plantel habanero fueron Eloísa de Roble, como responsable del conjunto; Pilar Aguillón Rodríguez, Clotilde Aguillón Rodríguez, Dulce María Rodríguez Morell, Raúl Mayo Rodríguez, Roberto Mayo Rodríguez, Raúl Velázquez Quintana, Ulises Fonseca Aguilera, José Ángel Chelala Peralta, Roberto Días Boris, Julio Acosta Bernal, Carlos Navas, Ignere Matamoros y Elicio Camejo.

Todos ellos resultaron los fundadores del guiñol Los Zahoríos, vocablo de origen árabe, que significa fantaseadores. La fecha que se leía en sus certificados de graduados, 14 de septiembre de 1971, fue asumida como el día inaugural del grupo e histórica, además, por marcar el comienzo del

trabajo escénico profesional en este territorio.

De La Habana retornaron con el montaje de dos puestas, **El lindo ruiseñor** y **Juanito y la semilla**; esas piezas más **Los tres cerditos...** conformaron su repertorio inicial. Pero otros dos obstáculos objetivos parecían cortar los sueños: no había dónde representar las obras y, mucho menos, un salario por ello. Incluso, estuvieron un año sin recibir remuneración por su quehacer. Sin embargo, Los Zahoríos, jóvenes al fin, no se amilanaron y trotaron por varios puntos de la ciudad, mientras comenzaban a formar a un público - niños y padres- amante de los títeres.

Los mismos espectadores exigieron un espacio para sus artistas. Y los funcionarios culturales y gubernamentales comprendieron la seriedad del proyecto, la genuina y notable expresión artística que el guiñol mostraba, el auténtico talento de esos artistas.

Ese espacio reclamado nació en el lugar que ocupó **CMKG Radio Cine**, ya entonces remodelado y convertido en la sala Raúl Gómez García. Allí inicia el verdadero esplendor del grupo que, poco a poco, comienza apropiarse de un inusitado discurso escénico, combinando en la mayoría de sus propuestas títeres, actuación en vivo, música o canciones en vivo. El primer estreno que nace en su sede es **La liebre y el erizo**, comandado en 1972 por su directora, Eloísa de Roble. A finales



de ese año, ella abandona la agrupación y Juan José Rodríguez Morell asume las riendas. Se estrena con el montaje de la obra rusa **Comino y Pimienta**, también hecha con la técnica de títeres de guante. Estos capítulos iniciales tienen una importante incidencia en el taller de confirmación de conocimientos realizado en Santiago de Cuba. Al regreso, todo el elenco masculino es llamado a cumplir con el Servicio Militar Obligatorio; las muchachas no cesan, no desisten, y van a Manzanillo a participar en el Encuentro de Teatro para Niños de Oriente y allí las seleccionan para asistir al Festival Nacional de Teatro para Niños, celebrado en el Parque Lenin en La Habana. En 1974 ingresa en el colectivo Emelia González Durañona, graduada de la ENIA - Escuela Nacional de Instructores de Arte-. Enseguida empieza a dejar su huella, dirigiendo puestas como **El cangrejito Eusebio y los dos conejos**, de Samuel Feijóo e interpretado por Pilar Aguillón Rodríguez. La segunda década de vida de Los Zahoríes constituye una etapa de consolidación, no solo por su consecuente productividad, también por la concurrencia de nuevas y distinguidas formas de materializar los apreciables discursos estéticos en los que se enrolan. Varios de sus miembros son premiados en distintos

certámenes. En 1982, el grupo se somete a su categorización y obtiene la Segunda Categoría. Vendrían lustros de laureles y ovaciones: Pilar recibe mención en el Octavo Festival Para un Príncipe Enano, de La Habana, por su desempeño en **Los cinco chivitos porfiados**. En el Festival Máscara de Caoba de 1986 en Santiago de Cuba, Clotilde alcanza dos galardones por sus roles en **Cigarra y Rana**, parte de la obra **Zahoriada I**. Ella y la maestra Emelia habían conquistado antes, en 1985, el Premio Unima. La actriz Verónica Hinojosa comenzaría a marcar el andar, por entonces fue muy reconocido su interpretación en **El pececito dorado**.

Los 15 años de la agrupación se celebraron con apreciable y justificado jolgorio en 1986. Hasta el Balcón de Oriente llegaron por la fecha muchos amigos, los guiñoles Nacional y de Camagüey, más el actor Adalett Pérez Pupo. El mayor beneficiado fue el público, al asistir a unas carteleras de donosura y lujo teatral. Ni siquiera el llamado Período Especial apagó a estos juglares. En 1990 en el "Máscara de Caoba" recibieron mención especial de diseño y el premio de actuación colectiva, por **Los recuerdos de Anastasio**.

Aunque de 1991 a 2001 las condiciones económicas no

permitieron grandes producciones, acontecieron hechos artísticos de altos quilates, como fue el estreno de **El pequeño príncipe**, un espectáculo grandilocuente con una concepción de ingeniería escénica soberbia. Algunos afirmaron que estuvo a la altura o resultó superior a disímiles funciones realizadas en los palacios títereros de la recién desaparecida Europa Socialista. Esta obra, sin dudas, permanece en la memoria cultural de muchos tuneros y cubanos, sus intérpretes trasladaron al auditorio a un universo quimérico. Toda la posible fantasía estuvo atrapada en esa solemne propuesta con títeres al alcance del espectador, de forma casi hipnótica; la técnica de la luz negra nunca antes en Cuba resultaba tan enigmática y atractiva. Tan así fue, que en el Festival Territorial de Teatro Sin Fronteras, efectuado en la ciudad de Ciego de Ávila, acaparó los lauros de actuación femenina, diseño y dirección artística.

Desde entonces, las posibilidades brindadas por la luz negra llevaron al colectivo a otra etapa de labor, casi definitoria en la línea estética de los tiempos por venir. Las denominadas puestas para salas, con gran frecuencia en el futuro tendrían por lo menos un momento de su uso.

Avanzando hacia las cuatro décadas del grupo (2001-2011), se llevaron a las tablas varios



espectáculos que, si bien no colmaron la magnitud de algunos ya referidos, mostraron las no extinguidas capacidades creativas del proyecto. En ese apartado están **Automóvil de la fantasía**, **Andarina y sus muñecos**, **Fábulas de la abuela**, **Cuentín cuentina** y **El**

ruiseñor. De esta última, el crítico Omar Valiño dijo: “Destaca en la puesta el uso de la luz negra como marco visual homogéneo, que impone un modo titiritero particular para la disputa entre el bello canto del libre ruiseñor del campo y el pájaro mecánico que intenta imitar su música. También el juguete chino en que se convierte la pieza, con su eufonía del español de los inmigrantes de ese país a estas tierras, un tanto a la manera del vernáculo, presentando mayores potencialidades de desarrollo de la riqueza de la acción dramática a través del juego de los muñecos y de la comicidad implícita de la propuesta”.

En el 2009 se estrenó **Patico feo**, una pieza que destacó por la interpretación de nueve voces de su ejecutante Ana Rosa Díaz Naranjo (Albita). En enero del 2011, sale al escenario **Chímpete chímpata** y **Camarón**, díptico que muy pronto se convirtió en unipersonal (**Camarón** recesa) y su intérprete, Armando (Mandy) Mora, volvió a poner a Los Zahoríes en lugares estelares del panorama teatral cubano, nominado en la octava edición del Premio de Actuación Adolfo Llauradó.

Esa obra luego se transformó otra vez en un trabajo dual, con **La calle de los fantasmas** y la actriz Damaris Pacheco. Bajo el nombre de **Los pícaros burlados**, la puesta de ambos actores viajó a cuanto encuentro titiritero se desarrolló entre ese año y el 2013, y fueron muy bien recibidos por el público y la crítica teatral. En pleno 2021 late una nueva generación que intenta ser reconocida también. Ese grupo de jóvenes que integra Los Zahoríes procura la distinción de sus “padres tutelares”, el legado de los intrépidos y admirables fundadores, que hoy apagan 50 velitas. Y sí, ya van tejiendo su propia historia con **Jíbaro**, **Retrato de un pueblo roto** y **Trapito**. Una prolongación que ojalá logren extenderla por muchos años más.

Las Tunas fue testigo sublime de una fantasía maravillosa que comenzó aquel 14 de septiembre, y anhela, con sus puertas abiertas, que esos capítulos de gloria no terminen jamás de escribirse.



GAZ



Un tema de Mick Jagger

Por Raúl Leyva

Los libros tienen los mismos enemigos que el hombre.
Paul Valery

Por la Radio hablan del día en que Jimi Hendrix conoció a Mick Jagger. En mi escritorio es movido por el aire de la mañana un ramo de súchelis blancas y entre buche y buche de café releo las páginas de Guillermo Vidal mientras ennegrece la mirada con los ojos sucios de ellas, las bibliotecarias, los escritores, la miseria humana, en una usurpación de realidades, en un gran carnaval.

- Se hace llamar Barbarito Diez... Se llamaba Barbarito Diez... y causaría arrebatos entre las venezolanas que años después le tiraron sus ropas interiores como muestra de un afecto muy singular, dice Guillermo. Existe una plena integración de poesía y novela, pero sí, es una poesía otra.

Y de repente: la línea dura, un poco más descarnada o con algo más de carne. Existe cierta relación y algún que otro anclaje a la literatura de Reinaldo

Arenas -lo que hacía Celestino en cuanto apagaba las luces-. El Celestino de Vidal, pero de igual forma antes del alba, el Celestino que no se puede dormir pensando en Rosita Fornés y Marilyn Monroe. **Ella es tan sucia como sus ojos** está vestida con toques de horror, de violencia, solapada en el discurso narrativo. La receta lleva a su vez sangre, asesinos, fusilados y al final de los capítulos, aunque no exclusivamente, anuncios publicitarios de galletas y revistas.

Conversaciones íntimas entre mujeres, como si el lector fuera **voyeur** de esas bibliotecarias. Los monólogos y la reiteración de escasos puntos de giro hacen un avance silencioso en lo narrado. Las vecinas que lo ven todo, el amor en las casas de familia. Un mundo loco y absurdo, al decir de un personaje. Lo que piensa la gente es en el día de hoy, enuncia otra voz.

**ELLA ES TAN SUCIA
COMO SUS OJOS**
GUILLERMO VIDAL



Y a esto le veo un paralelismo con las líneas filosóficas de vivir el aquí y el ahora. Plasma las frustraciones por el paso del tiempo y cómo envejecen las carnes y los sueños. Una constante de mujeres que cuentan con soltura. Guillermo encarnándolas.

Odio a Las Tunas -confiesa el Guille- con la misma intensidad con que la amo... un lugar más triste que Comala. Y de la Comala que es Las Tunas sacaba Guillermo a sus personajes a la manera de Soler Puig.

Se había creado una plataforma que usaría en casi todas sus novelas, un grupo de seres distribuidos como piezas de un ajedrez extraño, al cual le sacaba aristas nuevas, pero sin abandonarlos jamás.

Para mí es un gusto adentrarme en **Ella es tan sucia...**, sé que su forma de afrontar el lenguaje causa diversas sensaciones, para algunos es ofensiva; para otros, disfrutable, por hablar como habla la gente más simple y por la incursión en temas que a muchos les resulta como si estuvieran dialogando sobre ellos, o de gente a la que conocen. Morbo e incesto, así sintetiza este título el escritor y periodista Rafael Grillo. Obra poseedora de un ritmo narrativo basado en la saturación y el regodeo, en el *mare magnum* de los estilos nutrientes a su creación.

Ecos de Vargas Llosa, Montenegro, Virginia Woolf. Una melodía renovada: ecos de Las Tunas en un exclusivo reflejo de la otredad. Sé que, nuevamente, **Ella es tan sucia...** desaparecerá de las bibliotecas, de los librerías personales de los amigos, de las librerías de volúmenes viejos.

Sé, que será leído a escondidas y que se reírán bajito; y yo me quedo por acá con el libro del Guille entre las manos, escuchando un tema de Mick Jagger.





Las Tunas o el pueblo de Raca Raca

Por *Nelton Pérez Martínez*

Diría que un escritor es fiel a sus obsesiones como un niño que entra a una casa de espejos y se interroga por enésima vez ante cada reflejo de él mismo: ¿quién es en verdad?, ¿cuál de todas las imágenes es su verdadero yo?, ¿o acaso él -escritor y niño- es todas esas posibles identidades fragmentadas y contaminadas por la realidad circundante y las circunstancias colaterales al acto de la ficción?

Guillermo Vidal Ortiz (Las Tunas, 10 de febrero de 1952 -15 de mayo del 2004) estuvo buscándose así en cada una de sus novelas como un viajero que procura en todas las puertas de un pueblo que alguien lo hospede y de paso le diga quién es, qué hace allí y por qué no es feliz. Tal vez muchas preguntas que siempre venían en la voz de los personajes, incluso en la del narrador personaje que difundía como un eco las voces y los diferentes planos del relato, el acento, las rupturas coloquiales, la parodia burlesca y los giros provincianos del castellano insular y rural de Las Tunas o el pueblo de Raca Raca:

Qué feliz sentíase esta mañana el señor Robustiano Segura, qué

feliz después de un sueño gratisimo y reparador al prender la radio VEF que le trae los salseros en boga ay qué buena está la fiesta mamá anuncia Jorge Carbonell y de Tamayo, todos esta noche a divertirse a ritmo de Los Van Van que estarán en la feria de esta delicia que es el pueblo trabajador y heroico un pueblo del carajo señores, qué feliz Robustiano Segura mientras se acordona los zapatos, indudablemente debería hacer ejercicios pero las reuniones en el poder popular (que ese sí es poder) no le permitían un segundo de sosiego, las reuniones, los despachos, las visitas para plantearle un sinnúmero de problemas que el señor Robustiano Segura debería dilucidar con su barriga enorme y voluminosa que ya le hacía perder la línea, le hacía perder la prestancia de sus años mozos (aún era joven, 43) mientras va hacia el baño contiguo y orina vaciando la vejiga que es una felicidad sin molestias prostáticas, con su pene a media asta mientras disfruta el placer de una meada placentera una

meada del coñoesumadre en esta mañana riquísima en que Los Van Van están tocando sus canciones predilectas... (Guillermo Vidal: **Confabulación de la araña**, p. 36; Premio Uneac de cuento, 1990).

-Ah, so monga, mira lo que te traje.

-Y te dejas de estar lela mirando las fotos.

-Como una sanaca sin hacer nada. (Guillermo Vidal: **Matarile**, p. 130).

El habla del tunero, la gracia y la musicalidad, el acervo típico del cubano que habita un pueblo guajiro con raíces castizas, no con la herencia refinada y más urbana del camagüeyano, pero sí más cerca de este que del cubano oriental con fuertes raíces negras y caribeñas, como el santiaguero y el bayamés. El cubano de la llanura me atrevo a llamarle, el montuno de las espinelas, más ganadero y agricultor y más campesino que hombre de ciudad, más canario que de otra parte de España. Ahí continúan afincadas aún las raíces del tunero más legítimo, aquel de la estirpe de

Vicente García. Guillermo Vidal, como lo hizo el general mambí, también prende fuego a Las Tunas, la destruye y la desnuda, le hace una cruel autopsia con la palabra y con la palabra vuelve a fundarla, a rehacerla, a fabular su ciudad como nadie, porque a él, su amor odio se le impuso como la máxima hemingwayana de destruir o perpetuar lo que mejor se conoce.

AVISO se permuta esta casa no decimos de los recuerdos que tenemos en las paredes roñosas del pasillo ni el baño de azulejos, nos llevamos el banco del comedor, también las camas, también el juego de sala, también. No explicamos que siempre hemos vivido aquí y una vez cuchi cuchi el nene lindo... (Guillermo Vidal: **Se permuta esta casa**, p. 11 Premio David de cuento 1986).

...Pero nadie parece escapar a eso que llaman sus propias experiencias... (Guillermo Vidal: **El mendigo bajo el ciprés**, p. 181).

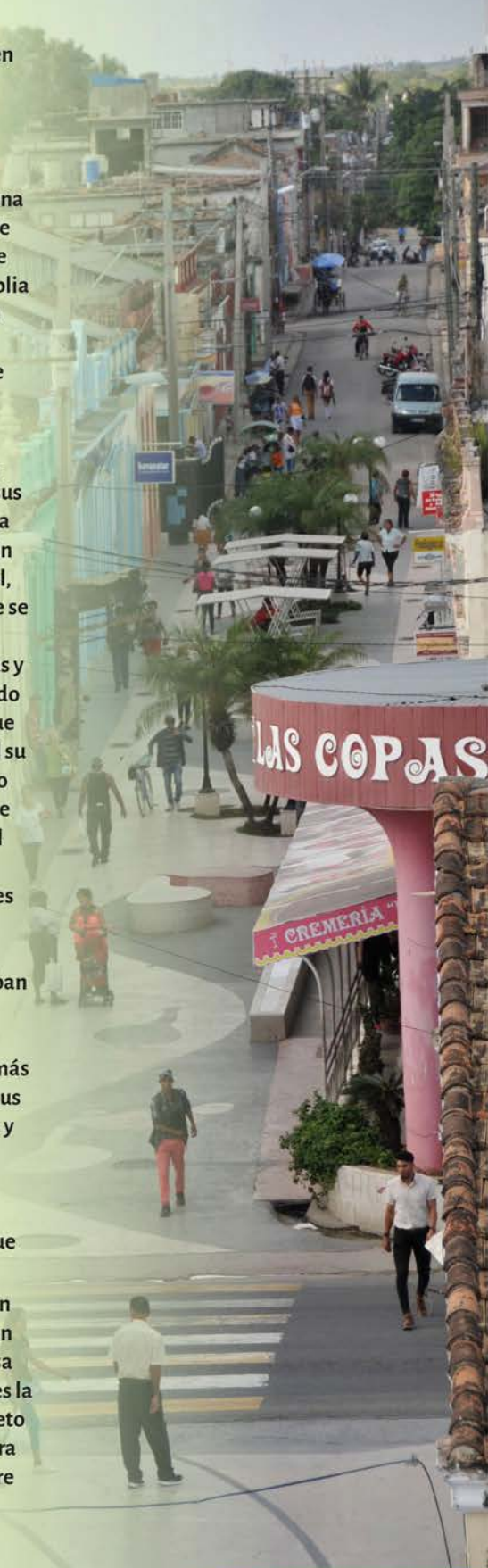
Las Tunas -igual que Vidal lo fue en diferentes generaciones de narradores de la Isla-, es también una especie de puente al oriente cubano. Un lugar de paso, el enlace a trote de caballo entre dos regiones de mixturas sociales diferentes y sutiles.

Llegar a Victoria de las Tunas desde siempre fue como arribar a un sitio calcado, similar a la Comala de **Pedro Páramo**. Juan Rulfo, lleva al lector al mundo de los muertos mediante un nivel auditivo. Y la voz trasciende a la muerte porque persiste en la memoria, en las paredes de Comala resuena el eco de los murmullos. Murmullos, tal iba a ser el título original de la magistral novela mexicana. El lamento y las confesiones de culpa, las voces insonoras que desaparecen como las que se escuchan en los sueños, así es en

Comala. Pero en Las Tunas todo es, en apariencias, más real. La obra de Guillermo Vidal está llena de murmullos, diálogos, gemidos y chillidos que van conformando el lamento, la confesión de culpas de una época en una comarca que, dentro de su pesadilla cotidiana, se rescribe, se sueña a sí misma mediante una amplia gama polifónica. Los personajes son fantasmas, tíos o vecinos exiliados, seres insiliados, también viajeros de existencias fugaces.

Las Tunas, es la *matria* de Vidal, sus calles, plazas y parques, personajes, dichos populares y el habla está en sus novelas. ¿Las Tunas, es en verdad una ciudad o un pueblo que ha crecido sin uniformidad? Un reparto residencial, un centro urbano casi colonial al que se le suman como tumoraciones otros barrios y sus particularidades fétidas y secretas. Un pueblo que es atravesado por la Carretera Central de la Isla, que dicho sea le robó al parque principal su geometría rectangular, recorte curvo de una de sus esquinas. "Ciudad" que todavía guarda como memoria rural alguna que otra argolla de hierro empotrada en la acera de los portales de su centro histórico urbano y comercial y donde hasta no hace muchas décadas los jinetes amarraban los caballos. Tales dudas sobre el ambiente citadino de Las Tunas ayudaron a Guillermo a darles, además de un escenario real y localizable a sus ficciones, el conjunto de unos olores y una identidad, y las pieles de esa ciudad-pueblo o pueblo que se cree ciudad para ser fabulada en su obra hasta alcanzar ese punto sublime que la universaliza.

El habla popular de Las Tunas está en las historias de Vidal no solo como un personaje más. El hablar popular, esa cubanidad cuasi rural de Las Tunas es la raíz medular y lingüística, el esqueleto y trasfondo que sostiene la estructura de sus personajes en escena. Siempre





en escena, porque, aun en los soliloquios y en la apariencia de uno leer, de estar escuchando a un narrador en tercera persona, la gracia narrativa nos acerca a la primera persona que, disimulada o no, hace del discurso un escenario, una gran escena, un personaje múltiple, a veces ventrílocuo. Es una especie de encadenamiento de circunstancias, matriuskas de situaciones que abortan y dan a luz a otras situaciones, a veces hilarantes, que carnavalizan la existencia por un lente que simula haber sido construido para ciegos por las palabras. Parodiando al chileno Vicente Huidobro, iría a ser tenor de ópera Guillermo Vidal que Dios le dio esa diversidad de tonos, registros y ritmos en las voces a la hora de caracterizar, de escuchar a sus personajes en el andamiaje mítico y circular de su novelística. Gran **chef** de la palabra, del divertimento espectral y literario.

Nos da lástima el patio donde jugábamos al dos mechos mueres y te arrastro de tiqui tiqui y un montón de bolas en la olla, tiros bacanes, colines chéveres para adelantarse con las dos manos y arrebatarlos y gritar virolla, rebo, maniguitiunpeo... (Guillermo Vidal: **Se permuta esta casa**, p. 12).

No me tires duro vaina... (Guillermo

Vidal: "El velorio de Luis Morgado", en **Se permuta esta casa**, p. 48).

...que te calles faino que no me dejas oír cuando gano... (Guillermo Vidal: "Los queridos sobrinos", en **Se permuta esta casa**, p. 73).

—Cállate so cochuzca.

—Cállate so vaina.

—Cállate animal con ropa. (Guillermo Vidal: **Matarile**, p. 151).

Lamiéndome el chocho allí mismo. (Guillermo Vidal: **Las manzanas del Paraíso**, p. 69).

Tú madre te escribió una carta, zoquete. (Ídem, p. 76).

Las manzanas del Paraíso -según Amir Valle en su libro **Brevísimas demencias**- es una oda al amor homosexual, una historia narrada sin rupturas. Un crimen pasional desata todo un conflicto existencial que se mueve en distintos planos temáticos, y es condimentada con el tono jocoso y pícaro que le fue característico al estilo de Vidal:

—Yo le dije que se dejara de esas cosas aquí en mi casa o si él era bujarrón.

—Ven —dijo.

—¿Y fuiste?

—Al principio me había dado una pena tremenda, mija.

—¿Nunca lo habías hecho?

—Ya te digo que esa fue la primera vez.

—¿Él seguía con aquello afuera?

—Grande y paradisíma.

—¿Y qué más?

—Que yo estaba de lo más excitadísima, tú, pero disimulando, por si alguien venía.

—Tú sabías que nadie iba a venir.

—Me entró también un miedo tremendo, tú.

—¿Y él?

—Se siguió haciendo una paja de lo más calentón.

—¿Y tú?

—Lo miré hacer sin poder quitar los ojos de aquello.

—¿Y no te acercaste?

—Ven —dijo a punto de venirse.

—¿No fuiste a tocarlo?

—Yo tenía muchas ganas pero no me atreví.

—Mira que eres guanaja.

—Es que había sido la primera vez.

—¿Y después?

—Él volvió un domingo por la tarde.

—Yo no sé qué le pasa a una los domingos por la tarde con la tristeza.

—¿Tú también te pones triste?

—Tristísima.

—Vine por si me necesitas —dijo el muchacho.

—Hoy no vengas por esas

puercadas por aquí.

–Puerçadas y todo no dejaste de ver.

–

–¿Te gustó, sí o no?

–

–¿Sí o no?

–No.

–De repente se me acercó por detrás y me puso aquello durísimo.

–Oye, no te propases.

–Y entonces te dejaste, ¿no?

–La cogí sin mirarla y la toqué.

–Cierra la puerta, anda.

–¿Y cerraste la puerta?

–Las puertas y las ventanas también, aunque nadie vino esa tarde.

–¿Y lo hicieron?

–Duele un poco al principio, pero después una se acostumbra.

–¿Me lo dices a mí?

–Es como una caricia dulce.

–¿Y después lo lanzaste?

–Nos dejamos porque a él ya no le importaba y todos iban a sospechar.

–Tú tendrías a otro medio visto, supongo.

–El otro había sido con Alfred, pero eso mejor te lo cuento otro día.

–Y después a Vicente y otros veinte, ¿eh?

–Tenemos el corazón de putas, chica.

Bebían sendas tazas de té y observaban con disimulo a su alrededor al resto de las parejas que solían comportarse con extrema elegancia. Para cualquier observador se trataba de jóvenes delicados que bebían té bajo las sombrillas multicolores o paseábase

saludando al resto de los invitados. (pp. 115, 116 y 117).

En un fragmento de entrevista en la contraportada interior de su libro de cuentos **Donde nadie nos vea** (editorial **Oriente**, 2002) dice Vidal que: *Todos somos unos voyeurs...* Y he ahí uno de los secretos de su prosa, durante y tras la lectura, Guillermo nos seduce y ya cómplices suyos nos mueve a su antojo como fichas o nos lanza como bolas de billar y en círculos a través de sus obsesiones. Frente a sus espejos terminamos por interrogarnos también y sentirnos tan desgraciados y felices, miserables o pervertidos en nuestras existencias como son los habitantes de la calle Ramón Ortuño allá en la ciudad de Las Tunas y los personajes de sus historias. Tan efectivo se nos vuelca ese rejuego con la oralidad y todos sus vericuetos sutiles.

El mismo Guillermo Vidal uno de ellos o él, diseminado como un buen padre entre todas sus criaturas. Para comprobarlo habría que irse a Las Tunas, a la Terminal de Ómnibus o de Ferrocarriles, a las oficinas de Cultura Provincial, sentarse en la Biblioteca o en un banco del parque Vicente García y mejor aún, recorrer al atardecer la calle Ramón Ortuño donde estuvo su última morada y aún allí la casa para permutar, con sus paredes laterales de ladrillos sin resanar, roñosas y al fondo del patio un majestuoso mamoncillo.

Tropezaríamos con el realismo real-ficcionado de Guillermo Vidal, con ese tiempo cruzado y esas voces locales que nos sumergen en un habla, en un castellano con giros que (en la capital de la Isla) se han acuñado por algunos como más sudamericanos que habaneros. Una zambullida en el absurdo y el choteo del cubano de provincia, en el chisme

y la escasez, en el dolor y los sueños avinagrados de tanta gente que tras una lenta mirada nos han contado con ira, y a veces con una sonrisa, pero que siempre ridiculiza y hasta glorifica, su existencia atroz. *Gente que de un solo vistazo parece de lo más común que hay*, diría Guillermo.

¿La patria o la *matria* de un escritor?

¿Cuál fue su compromiso político o social? El pueblo de Raca Raca o la “ciudad” de Las Tunas, es el universo que amó, destruyó y refundó Vidal en sus libros. En el mundo paralelo que recreó y fabuló todavía le encuentran sus seres y amigos más queridos. Y los lectores lo imaginan detrás de esos personajes atormentados y perseguidos por su propia levedad y desgracias personales. El argentino más europeo, Jorge Luis Borges, que acabó sus días siendo ciego, nos lo advirtió de dos maneras: *La realidad es invisible*, y también, *Fácilmente aceptamos la realidad, acaso porque intuimos que nada es real*. El ámbito alucinante, las atmósferas opresivas, surrealistas, nos hacen dudar en cada escena. ¿Qué es lo que llamamos realidad? ¿Qué es la felicidad? Siempre uno suele preguntarse al final de un buen libro de Guillermo Vidal. Acaso el paso inseguro, los tumbos de borracho con que transita un creador de mundos posibles o reales por una existencia literaria amañada y absurda que a su vez parece ser otro libro más sucio y cruel que la misma vida. Las Tunas o el pueblo de Raca Raca, igual que Comala, Macondo, Nueva York, o el condado Yoknapatawpha y la ciudad de Santamaría, emerge fétida y tibia del alcantarillado narrativo.

LLUVIA DE ESTRELLAS

Entro a la bodega de Carlos Esquivel, le pido una Pepsicola y él sonríe como otras veces, cuando le he rogado un pedazo de pan para saciar mi sed de rimas.

-Habrà lluvia -me dice y yo me voy ilusionado con que realmente Carlos Esquivel es meteorólogo o quizás, oráculo de las verdades. Le creo, pienso que no tiene derecho a equivocarse, porque necesito hoy una lluvia de estrellas.

LOS RECUERDOS SOBREVIVEN

Lesbia caminaba por la ciudad en busca de una estrella y estaba segura de que podría encontrarla, quería creer que era cierto lo que le había asegurado su tía Candita cuando dijo: "Niña, las estrellas las venden en el bar de Juan el Mentiroso".

Camina todavía Lesbia de la Fe por toda la ciudad en busca de una estrella, y está convencida de que podrá encontrarla, porque se lo aseguró su tía Candita, y las personas mayores jamás mienten.

EL VALS DE LOS IDIOTAS

Para pinchar los globos de los demás niños, Ramiro Duarte compraba cada día en la farmacia del doctor Ortiz una aguja redonda, de tres pulgadas y con la marca registrada de la Pharmacial Randon, le mejor casa productora de agujas.

Una mañana llegó a la farmacia y supo que el doctor Ortiz la había vendido con todo y agujas. Desde ese día, Ramiro Duarte se negó a asistir a la escuela pues, se decía, qué sentido tiene aprender a leer si ya no podría explotar los globos de los demás niños.

Andrés Casanova (Las Tunas, 1949).

EL VALS DE LOS IDIOTAS

Comparamos una casa porque queríamos ser felices. La casa nos costó lo mismo que habíamos reunido y por eso era pequeña, tenía un solo cuarto, una sala-comedor, una cocina incómoda y un bañito donde apenas se podía estar.

Queríamos ser felices porque compramos una casa. Era una casa de madera roída por el comején, con un piso de tierra que necesitábamos regar a diario para evitar la acumulación de polvo y el techo de zinc galvanizado por donde se colaba el agua durante la lluvia, por eso nos costó lo mismo que habíamos reunido.

Al principio no nos importaba lo pequeña e incómoda que era. Nos daba igual. Nos dio igual hasta que el niño nació y nos antojamos de tener más espacio para que pudiera desplazarse. Entonces derribamos la pared que dividía la cocina con la sala-comedor y la convertimos en una sala-cocina-comedor por la que el niño se desplazaba con gran facilidad.

El niño siguió creciendo y no solo se desplazaba, sino que también corría. El espacio dejó de ser suficiente y por eso derribamos la pared que separaba el cuarto de la sala-cocina-comedor y la convertimos en un cuarto-sala-cocina-comedor por donde el niño podía correr con facilidad y ejercitar sus piernitas.

El niño será deportista.

Va a ser el mejor niño de todos los niños que corren.

El niño siguió creciendo y aprendió

a leer y a escribir. La iluminación era poca para que el niño pudiese estudiar, así que derribamos otras paredes.

En las mañanas, la iluminación era tenue y fresca, lo que permitía que nuestro niño estudiara las Ciencias Exactas sin que las luces incidieran en demasiados ángulos y el calor desviase la trayectoria del lápiz. En las tardes, la iluminación era abundante y había mayor calor, por lo que el niño podía estudiar las Ciencias Aplicadas, apoyándose en las reacciones químicas formadas por el sol incidiendo en su vasito de jugo o el calor impregnado en la taza de café que habíamos dejado encima de la mesa. Las noches eran frías, iluminadas con la luz artificial de lámparas y bombillos, así que nuestro niño se envolvía en su colcha, leía libros de cuentos, repasaba en su mente las reglas ortográficas y los símiles y las metáforas.

El niño será un científico o escritor importante.

El niño será el mejor niño de todos los niños que estudian.

El niño siguió creciendo y se cansó de estudiar. Solo pensaba en fiestas. Derribamos las paredes restantes del cuarto-sala-cocina-comedor para que el niño tuviese espacio de hacer las fiestas con sus amigos y suficiente oscuridad para estar con sus novias y así poder volverse popular.

El niño va a ser muy popular.

El niño va a ser el más popular de todos los niños populares.

El niño siguió creciendo y comenzó a encerrarse en el baño por horas. Salía con los ojos rojos, las pupilas dilatadas y un olor desagradable. Derrumbamos el baño para que el niño no pudiera esconderse con sus pitillos y jeringas, y esas pastillas azules que mezclaba con alcohol y que lo ponían tan mal que terminaba siempre vomitando y sudando con peste, para que las novias que lo habían abandonado volviesen, para que se pusiera a estudiar y a leer y corriera con sus fuertes piernitas como si fuese un deportista.

El niño es un drogadicto.

El niño es el más drogadicto de todos los niños que fuman pitillos y se inyectan y mezclan pastillas azules con alcohol.

El niño siguió creciendo y se cansó de nosotros. El niño nos abandonó. Entonces vendimos los muebles, el zinc galvanizado del techo, la cama, la mesa, los utensilios de cocina, el televisor y las lámparas porque no teníamos dinero para comer. Con la madera hicimos fogatas en las noches para calentarnos y, por lo menos, vernos el uno al otro. Así hicimos hasta que la madera se acabó y se acabaron las cosas que vender y terminamos recordando, en medio de la densa oscuridad, aquella época donde compramos una casa porque queríamos ser felices y nada más importaba.

Geonel Alejandro Rama (Manatí, 1991).

Víctor Marrero, el alma siempre en Las Tunas

Por Esther De la Cruz Castillejo

Imposible, en medio de una edición que reverencia a la ciudad de Las Tunas, pasar por alto al hombre que ha sido el historiador de esta comarca por décadas. Antes que él, ilustres como Manuel Antonio Herrera, el primero, y otros tantos, han enrumado tales idilios. Pero Víctor Marrero, con su sombrero, el paso lento y lidiando con las carencias y lastres constructivos de su añeja Oficina en la calle Nicolás Heredia, es un personaje indispensable en nuestra patria chica.

Fueron mambises sus abuelos paternos. Quizás deba a ellos su amor por la historia, especialmente a la abuela y a las tardes deliciosas en que se sentaba con sus nietos a contarles de la Guerra de 1895. Y les decía de sus experiencias y de los cubanos dignos de aquella gesta que había conocido en las jornadas que tanto marcaron su existencia.

O tal vez el idilio le venga de un poco más acá. De las clases de Primaria con el profesor Mariano Arévalo, un Makarenko inigualable, capaz de trasladarlo, desde el pupitre, hasta parajes a los que nunca habría podido llegar de otra manera.

Se recuerda ahora de monitor, siempre de Historia. Y revive para mí el día en el que él mismo se graduó de maestro Makarenko: 17 de julio de 1971; y de la decisión de seguir por esos pasos hasta convertirse en licenciado en Historia.

Ya lo era cuando llegó al sur de Las Tunas. Porque el destino lo trajo hasta un aula de cuarto grado en el

Puerto de Guayabal. Por esos años, me dice, comenzó a escribir y también inician sus trabajos de asesoría, en los encuentros con los marineros para hablarles del sitio al que llegaban y su gente.

Víctor sabe de las discusiones casi entre bandos que se armaban en el parque Vicente García y de cómo sus 21 años se deslumbraban escuchando la pasión por el devenir local de seres como Raúl Addine, Juan Andrés Cué y Amaury Álvarez. De esa savia bebió y buena parte de lo que le fueron aportando, ha permitido que llegue hasta aquí.

Porque este hombre, Premio Provincial de Historia 2020 y acreedor de múltiples distinciones en este campo en Cuba, ya pasa de las siete décadas de vida y sigue siendo intensa su mirada cuando defiende estas tierras y a sus próceres.

“He tratado de ponderar la historia de Las Tunas y de divulgarla en el país para que se conozca la inmensa obra de los tuneros. Por supuesto, con el apoyo de muchos, porque un historiador solo no puede avanzar en casi nada.

“En medio de todo he tenido grandes privilegios. Por ejemplo, cuando estuve en Venezuela, me mandaron especialmente a trabajar a Río Chico. Es algo que le debo a Abel Prieto y que me permitió andar por las zonas que recorrió Vicente García González en el tiempo que vivió allí; hacer fotos, conversar con numerosas personas.

“Están los que te tildan de vicentista

acérrimo. Yo estudio la figura, su obra, sus ideas militares; pero he sido capaz de reconocer que no es perfecto y decirlo en mis libros. Además, siempre les recuerdo que no soy tunero de nacimiento (nació en Holguín).

“Todo ser humano se equivoca. Cuantiosas personalidades en la historia han pagado esos errores con su vida. No soy vicentista acérrimo. Es un patriota que aportó mucho a la lucha y eso me hace identificarme con él”.

En 1988 publica su primer título: **Cronología mínima de Vicente García**. Y en 1992 ve la luz **Vicente García, leyenda y realidad**, un portentoso volumen de alrededor de 400 páginas que incluye el diario de campaña del mayor general. A eso ha seguido sumando indagatorias y ya supera los 30 textos salidos de su pluma, por diversas editoriales, desde **Sanlope, Verde Olivo y Ciencias Sociales**, hasta otras en España, Estados Unidos y México.

“He tenido suerte; que te publiquen tiene algo de eso, de suerte. Y también de amigos que se interesan y ayudan. Para mí, lo más importante, lo verdaderamente trascendental, es divulgar; que las personas sepan de lo acontecido. Por eso, antes de la pandemia, me reunía con abuelos un sábado al mes y conversábamos de asuntos históricos.

“Igualmente participaba en encuentros mensuales con promotores culturales. Les daba un tema diferente cada vez y les



explicaba que no era para ellos, sino para que lo llevaran a sus comunidades. Son más de 60 promotores que llegan hasta esa misma cantidad de sitios y más. Todo esto permite un quehacer sostenido”.

Mientras él habla, recorro con la mirada el entramado que nos rodea. Nos llegan los ruidos de Valeria, su (pequeña) nieta que requiere su inevitable atención. Sé que es un hombre muy familiar, al menos así me lo describen sus más cercanos, un padre amatísimo para sus dos hijas. Además, resulta un furibundo coleccionista.

Lo primero, se intuye en su mirada; lo segundo, sí, de eso me atrevo a preguntar. Y entonces el historiador se vuelve más locuaz y percibo que le toco, como diría mi abuela, “la vena del gusto”.

Casi me arranca del sillón para llevarme a recorrer la que considera su mayor colección, la de pintura. “El trabajo de coleccionista es de paciencia y costoso al bolsillo. He tenido la suerte de que muchos amigos me regalen obras y por eso he ido armando una colección de la que estoy muy satisfecho.

“Y no solo eso, me gusta coleccionar otras cosas, como centavos, por ejemplo. Te aseguro que tengo una buena de centavos americanos y cubanos, esta última casi completa, me faltan muy pocos. Y una de cajetillas de fósforos, bastante decorosa también”.

Me deja husmear. Impresionante. Cuadros de los mejores pintores tuneros colman su casa; ya sea Alexis Roselló, Rogelio Ricardo, Jesús Vega (Faura), Rogelio Polanco, o la más diminuta pintura salida de ese virtuoso que es Wílber Ortega. Hay otros.

Creadores de Islas Canarias, Alemania y hasta el mismísimo Oswaldo Guayasamín le han dejado su legado. Me muestra

con alegría las esculturas de Ángel Íñigo, el artista guantanamero que hizo para él un toro Cornito y una paloma.

Asimismo, descubro en su lugar de estudio, junto a la Biblia y muy cerca de los ejemplares de sus publicaciones, la imagen de José Martí, “hecha en poliespuma policromada y nada menos que por Rafael Ferrero”. Me enseña, pletórico, el escudo de la ciudad, con las letras de oro de 10 quilates; “regalo de Naranjo”, un autor del que descubro varias estampas en las paredes.

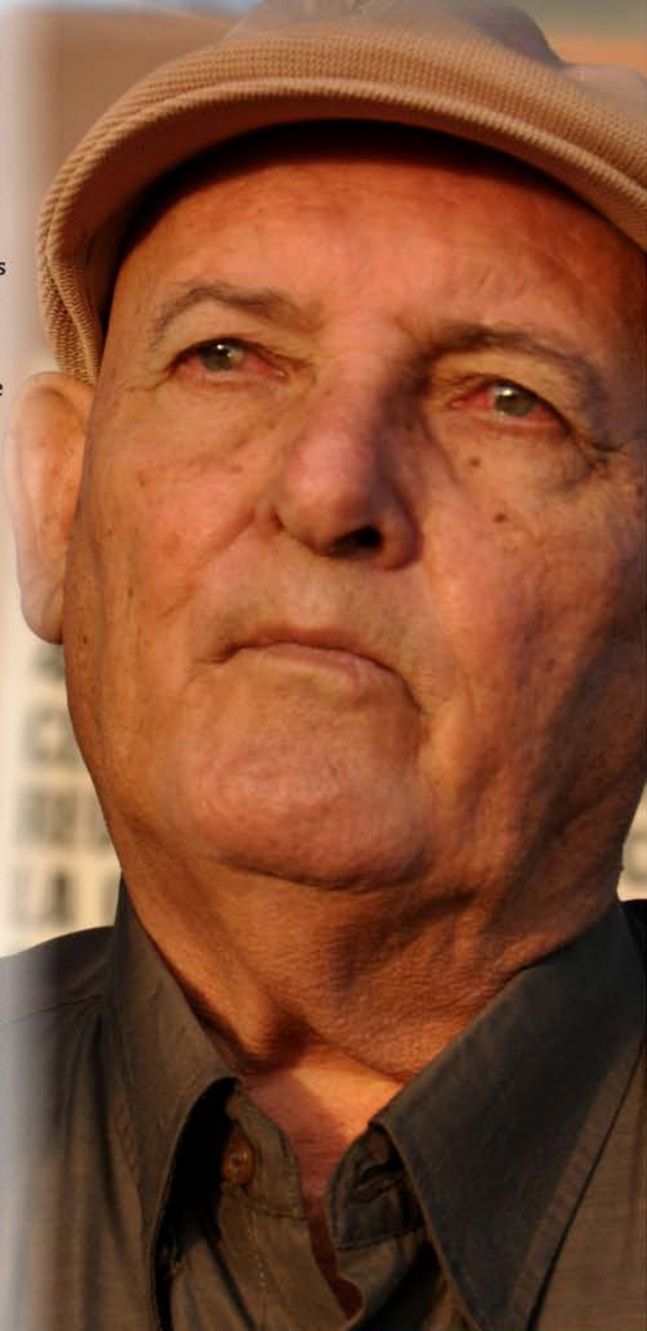
Tiene fotos de la niña que fue Brígida Zaldívar, y de Evarista Galano, la poetisa tunera que nos regaló sus **Aves perdidas**. Y tiene un sinfín de otros recuerdos que le son entrañables y, asegura, constituyen la huella de su paso por este mundo.

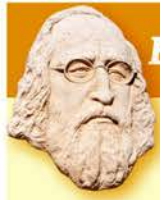
Víctor ha recibido disímiles reconocimientos. Es miembro de la Uneac y de la Academia de la Historia de Cuba. Ostenta la Distinción por la Cultura Nacional, la Medalla Raúl Gómez García y la Réplica del Machete del Mayor General Vicente García González.

Hablamos de la Cuba que queremos, de la vida de los nuestros y de su apego por los manuscritos. Incluso, tiene un balance especial, hecho para ello, muy cerca de la bandera cubana que luce en el portal mismo de su casa.

Ahora sé que le gusta sembrar plantas, que su prole heredó ese don bendito que tanto admiro y confirmé la madera de los hijos buenos. Porque cuando ya era tiempo de decir adiós, y casi ganaba la calle, me soltó, con los ojos emocionados y la voz entrecortada: “Las Tunas ha sido mi pasión, un lugar que me absorbió y me absorbe todavía por muchas razones. Para ella han sido mis desvelos, siempre”.

OFICINA -
HISTORIADOR
DE LA
CIUDAD





Los porqués del Guille

*La suerte fue nuestra. Que se quedara aquí. Y Las Tunas de comarca pasara a personaje, una y otra vez. Pero... si en algún momento pudo ir adonde quiso, quedarse adonde quiso... ¿por qué permanecer aquí, en esta tierra que no pocas veces se le mostró agreste?
El propio Guillermo Vidal tiene las respuestas:*

Vivir “en provincia” te ha granjeado entre los lectores prácticamente un mérito adicional cuando se juzga el éxito y la popularidad de varios de tus libros. Pero me imagino que sea una situación bastante complicada, incluso contradictoria...

Vivo en Las Tunas por razones sentimentales y familiares y no debía preocupar esto demasiado, pero tampoco me jacto de ello ni creo que haya un mérito especial por estar fuera de la capital. Tú sabes muy bien lo que es vivir en pequeños pueblos. Tienes la ventaja de cierto sosiego, de poder estar fuera de los cenáculos y las comidillas, y por eso mismo no existes para un poco de gente que vive en la capital y se cree dura. Aquí sigo tan indignado como siempre y tan interesado en escribir mis novelas que haría en cualquier sitio. Si un día me largo, puesto que no me comprometí a no hacerlo, es por alguna razón especial. Hasta hoy solo quiero que me dejen en paz para hacer mi trabajo.

Entrevista Soy un marginal, por Carlos L. Zamora en La Gaceta de Cuba (número 2/2004)

¿Por qué se aferra tanto Guillermo Vidal a su terruño Las Tunas? Si pudiera viajar, ¿qué lugares le gustaría visitar? ¿Cree que esto influiría en su obra?

Solo por razones sentimentales, tengo la mayor parte de mi familia aquí, pero también tengo una hija, un yerno y dos nietos en España, a mi madre de crianza en Los Estados Unidos y no he dicho en ninguna parte que estoy comprometido a quedarme. Me va bien, porque vivir lejos del mundanal ruido permite que no me jodan. Me gustaría visitar a España para ver a mi familia y porque sigo con admiración a unos cuantos autores. Los viajes me deprimen un poco, pero a veces asisto a ferias en otros países, no a tantas y me siento como un bicho raro y apenas hablo con la gente y sueño con volver a casa para no estar en salones y protocolos que me apocan, que me hacen decirme qué hago aquí, por qué no me quedé en casita, sin tanto barullo. Es que soy muy tímido, aun así, imparto conferencias y doy entrevistas y salgo por la tele y nadie se da cuenta de que me cuesta mucho trabajo. Prefiero las conversaciones privadas, la gente sencilla y detesto las frivolidades que llegan a asquearme.

**Entrevista al sitio LiteraturaCubana.com*

Escribir en provincias ¿qué tema? Para otros escritores, ese es un problema, no para ti, pues como bien comentaste una vez, ya no te lamentas de ser del interior.

Yo soy Guillermo Vidal, y ahí está mi obra.

¿Pero si residieras en La Habana, la suerte sería mayor?

Excelente pregunta. Quizás me hubiera abierto más puertas, pero mi profesión es muy digna dondequiera que me encuentre. No importa donde vivas, sino que lo que escribas lo hagas con la vida y creyendo que es importante.

Entrevista El amo del paraíso, por Leonardo Mastrapa, en Periódico 26 (28 de febrero de 2003)



¿Persistes en tu empeño de quedarte en Las Tunas para siempre?

Yo no sé quién me puso aquí, ni quién me sacará si al fin lo hace, pero me encontré aquí y ya no me hago esa pregunta. No hay compromiso con nadie para quedarme o irme. A lo mejor, un día de estos, tengo una gran casa, con jardín y un perro; entonces quizás me sienta un tipo importante, un escritor de los que salen mucho por la tele, pero quizás ya no tenga sentido preguntarme por qué el mundo es así, por qué a pesar de todo estamos tan jodidos.

Entrevista **Soy un escritor a secas, por Osmany Oduardo*

Desde Se permuta esta casa, aquel cuento que le dio a conocer cuando alcanzó el Premio David, en 1986, en el que el personaje está dividido entre el deseo de deshacerse de la vivienda y el ancla que le lanzan los recuerdos, hasta Ella es tan sucia..., en la que las mujeres protagonistas sustituyen las pasiones reales por ficciones de telenovela mientras permanecen aferradas a sus vidas minúsculas, al trabajo insulso, a los maridos adúlteros, a la remembranza de pasadas glorias; toda su literatura parece estar anegada por una corriente de apego desmesurado a las raíces o hasta de temor o dificultad para desprenderse de los lastres de la memoria. ¿Qué vínculos reconocería entre esas historias y su vida más allá del escritor? ¿con su decisión de seguir haciendo su carrera literaria desde Las Tunas, por ejemplo?

Algo de uno habrá en las historias, algo que, incluso, escapa a nuestra conciencia; pero en general he inventado una gran parte de estas historias, porque son esa parte probable de la realidad, eso que se descarta, que es siempre más de lo que logramos vivir, ese "y si hubiera sucedido de este modo o de este otro", ¿cuántas versiones de eso que pudo no ocurrirnos y nos ocurre? Dios sabrá.

La gente a veces cree que he vivido todo aquello. En ocasiones he vivido aún peor, pero la vida, que es una mierda, también es bella.

En 1990, cuando gané el Premio Uneac, un colega me recomendó que me fuera para La Habana. No era malo el consejo porque, como todo el mundo sabe, desde acá todo es más difícil para un escritor: no es acá a donde vienen los editores, ni donde se hacen los conciliábulos para viajar ni donde se descarta ni se dice que alguien es un grande sin serlo a derechas. Nadie me echa tierra en los ojos a estas alturas con lo que leo y es bueno, y lo que es malo a pesar de los bombos y platillos. Pero tampoco nadie en ningún sitio me daría una casa. Es que soy un **outsider**. Y en Las Tunas tampoco tengo casa a derechas. No hay compromiso por mi parte con ir o no a parar a cualquier sitio de este puto mundo.

Entrevista **Él es tan franco como sus ojos, por Rafael Grillo*

** Tomado de la revista **OtroLunes***



Seguimos adentrándonos en la novela inédita de Guillermo Vidal **Todas las noches y algo más (Evocación de un crimen)**, que en estos momentos edita la editorial **Sanlope**, a cuya dirección le agradecemos el acceso al texto. Esta vez compartimos fragmentos que recrean visiones sobre la ciudad de Las Tunas. Aquí está el Guille otra vez, poniéndonos a caminar por donde mismo andan sus personajes, o viceversa; inundándonos de la duda inevitable en el juego de la ficción: ¿pude haber tropezado con su protagonista?

...

Este debió ser un pueblo bajo maldición donde las personas se lamentan en sordina para que no escape, más allá de sus labios, el comentario de su desgracia, donde en cada familia hay siempre más de un muerto, un recluso o alguien que se atrevió a cruzar el mar en una balsa demasiado precaria y mantiene la simulación de esa felicidad inasible. Los viejos con la añoranza de cuando la palabra empeñada era suficiente para cada recado. Cuando todas las familias llegaban a conocerse y respetarse y uno de los acontecimientos dignos de leerse en **El Eco de Tunas** era la llegada de la señorita Villoch de La Habana en un viaje de placer.

...

Las Tunas era entonces un pueblito inocente de calles adoquinadas o de tierra y existían los mismos barrios, aunque se decía que las zonas del México y el Marabú estaban prohibidas para los chicos, pues desde cualquier rincón de esos barrios podría salir un matón amenazando con una

navaja de bolsillo, exigiendo el menudo de la merienda para sus propios fines. Con el tiempo comprobó que el rumor no era tan cierto como decían, pues nos atrevíamos a jugar en los solares de aquellos territorios largamente prohibidos. Ya no abundan estos lugares. Las gentes más humildes construyeron sus casas de cualquier modo en los suburbios del poblacho y luego, con los años, los de más recursos o mejores posiciones construyeron una estela de chalés iguales: de medio portal, sala, comedor y cocina de tal manera que basta mirar desde la entrada para escudriñar la mitad de la casa. En la otra zona están los cuartos, dos o tres, casi siempre, muchos exhibiendo la necesidad de una pintura que nunca tuvo y en ocasiones, armarios de dos puertas corredizas donde colocaban las ropas de toda la familia.

No me voy a parar en los detalles. Pero he visto que las personas de este pueblo tienen un aire de extraña desolación, aún aquellos que han marchado a otros países en busca de mejor fortuna. Hemos

perdido esos niños que fuimos, confundiéndose ahora con otros más indiferentes y mucho más independientes, para que las personas mayores puedan comentar que antes los niños eran mucho más respetuosos y cándidos.

...

Me preocupa que no vaya a alcanzarnos el tiempo para que te lleves esa parte de mí cuando no estabas, esos recuerdos en las noches de retretas en el parque Vicente García, los paseos de las mujeres y los hombres que giraban en direcciones contrarias y se solicitaban compañía. Yo también participé de esas vueltas con algunos de mis amigos, imberbes aún, sin derecho a afeitarnos la pelusa del bigote, pero mirando con avidez a las muchachas que quizás nos miraron y nunca nos atrevimos a enamorar, aunque teníamos suficiente con soñar que nos habían mirado, que no les éramos indiferentes y debíamos obtener la dirección para aplanar su cuadra montados en una bicicleta Rex amarilla que me habían traído los Reyes Magos.



...

Todo lugar es el mismo lugar y la misma torpeza. Cambia el disfraz, la apariencia, la abundancia, el decorado. Pero estamos ante un mismo paisaje que cada uno ve a su manera. Puedes huir de los lugares y ellos te persiguen hasta el día de tu muerte. Es más fácil olvidar a ciertas personas que a los lugares. Siempre la misma Carretera Central, y las ferreterías de antaño, siempre esos lugares que ya han sido cambiados, demolidos, no se han ido las heladerías de al lado y al frente del cine Rivera, los lumínicos anunciando la cerveza Polar, el hotel destruido en contra de la mayoría, los helados de coco glasé ni los vendedores ambulantes. Ni los locos felices de este pueblo.

...

Las Tunas había ido creciendo y con ella también la insania, el odio, las nuevas muertes, las salidas intempestivas. Cada día podía encontrarme con nuevas personas que se han incorporado a la vida de este lugar y comienzan a merodear el parque, la Feria

Agropecuaria, los mercados, las librerías, las farmacias, a visitar escuelas, tabaquerías, imprentas, gentes con el rostro común que pudiera encontrarse en cualquier parte del mundo conforman ese absurdo conglomerado que algunos llaman el pueblo. Yo era parte de aquellos que había visto cómo las mujeres más hermosas que había admirado calladamente en las retretas de los jueves y domingos se habían convertido en mujeres envejecidas de piernas varicosas y lentísimo andar.

Las Tunas eran también los hombres obstinados en las esquinas, jugando interminables partidas de dominó como si les fuera en ello la vida.

Esos hombres han estado en muchos de los lugares perdidos para siempre. Han bebido una cerveza Polar en el Café Radio, donde ahora hay unas pésimas oficinas de mal gusto o han comido en el Café de los chinos. Se han paseado bajo los portales de la Casa Azul y han comprado en Cayamas en un tiempo aún cercano para ellos. Son iguales a otros en todas

partes del pueblo, fumando cigarrillos negros o tabacos, encanecidos y calvos, con sus barrigas prominentes y sus dientes postizos.


Nada puede importarles. Han visto demasiado para importarles cómo desaparecen los lugares.

...

Solo ese día después de nuestra existencia, un día que podría parecerse a otro donde estuvimos, ese en que las personas también irían a sus trabajos, caminarían por la "Ramón Ortuño" como siempre, tomarían la Ruta 7 hasta Buena Vista, se sentaría a leer el periódico en pantuflas, todo de la misma manera, sin que nada pareciera cambiar, excepto que ya no estuvimos, que no pudimos respirar ese aire, caminar por las mismas aceras de antes.

...

Antes el tránsito no era como en estos días sino que allí mismo el hombre de cabeza de verga torcía la izquierda y yo podía ver al hombre aindiado en su pequeño puesto de jugos de melón, con su pomos



enormes de cristal reluciente exhibiendo aquel jugo de primerísima calidad, rojo y frío que muchas veces había probado, vi nuevamente La Reguladora donde yo solía comprar los paquetes de pan de leche Los Pinos Nuevos, unos panes muy blandos y envueltos en un papel grasiento, la casa particular del doctor Batallan, la Ferretería, la Escuela donde estudiaría después el sexto grado y jugaría con un placer incomprensible al béisbol en aquella zona cementada que era el cuadro y el resto hasta las cercas como los jardines que concluían en la Lucas Ortiz.

...

Pasarían los días fingiéndose idénticos para mi memoria, ocultando sus diferencias, sus olores. Habían quedado tan lejos que no podían pertenecerme. Intentaban borrar los días de jolgorio y de fiestas, los pases de fines de semana cuando corríamos desesperados hacia las terminales de ómnibus para regresar a casa, el instante en que volvíamos a ver el Club Familiar que antiguamente se llamó el Club de Leones y que siempre sentí tan lejos del pueblo. Veía de pasada ese Club Familiar con un horrendo salón de baile con techo de guano, una piscina y un bar

donde tipos con dinero beberían y se citarían con mujeres de miradas lascivas, casi siempre rubias de caderas prominentes con sus hombres que se creían dueños del mundo, con cadenas de oro y una mirada displicente y autos Chevrolet o Ford. Ahora que veía ese Club Familiar mi corazón parecía desbocarse pues dentro de poco se vería el Hospital y enseguida la Terminal de Ómnibus. Descendíamos en la terminal saludándonos brevemente, y cruzábamos el parque, la Iglesia Católica, los portalones de la Casa Azul y la Casa de Vicente García, observándolo todo como el que regresa después de muchos años a su ciudad natal, encontrándolo intacto y distinto, como si una extraña confabulación nos hubiera estrechado las calles, despintado las fachadas de las casas o cambiado de sitio algo que debió estar siempre así.

...

Regresaba jubiloso y cruzaba ese mismo parque que ya nunca más fue exactamente el mismo y torcía por la "Julián Santana", justo donde había una fabulosa tienda de víveres en donde yo a veces tomé malta Hatuey, pero ahora hay una Óptica, un lugar para que alguien solicite unas gafas nuevas y unas señoras

gruesas y bonachonas le digan venga dentro de 30 días, no hay de esos cristales, no hay armaduras, espere un poco, sin importarles que uno puede quedar ciego en medio del pueblo, sin distinguir durante un mes los objetos, las caras de los familiares o los anuncios. Sigo por donde antes hubo una peluquería y yo miraba a las mujeres bellísimas sentadas en los sillones con las piernas cruzadas al descuido, mostrando ante mis ojos encandilados esa carnes durísimas, yo paseaba entonces más despacio, pero no demasiado, pretextando una indolencia que no sentía y un animal rugiente en mi pecho por la ansiedad de aquellos cuerpos y el olor excitante de las peluquerías, un olor que preconizaba el encuentro y miraba de reojo en el momento en que debía mirar y continuaba hasta cruzar muy cerca de la Miami, de la casa donde estuvo la Funeraria Durán y en la que ahora vivían personas sin preocuparse porque antes en esa misma sala, velaban a los muertos, sino que había una sala con balances muy cómodos y un televisor blanco y negro y unas personas que no me conocían y allí crucé hasta la Lico Cruz donde la Iglesia Metodista a la que asistí de pequeño y



escuché el juego de Simón y la voz de los fieles cantando Cristo me ama Cristo me ama la Biblia dice así sin el pánico de quien aún no ha cometido un crimen y después el resto de esa cuadra que olía ya a mi barrio, que me acogía como la cuadra próxima a mi casa, aunque no estuvieran la mayoría de las personas con las que viví en mi infancia sino que estuvieran tan lejos que ni tenían el derecho a regresar por unos días pues los problemas entre gobiernos afectaba esas buenas señoras que habrían querido regresar aunque fuera una vez, para comprobar que ya nada sería igual, que ni siquiera yo era igual a ese sobrino flaco y soñador que habían dejado sino que los tiempos habían cambiado, ahora, cuando penetré por el portón vi a mi tía Clara, forrada en negro, aguardando el telegrama, sin importarle este mundo de sutiles prisiones, aspirando a ese día de la partida, pues existiría el día en que ella y su esposo marcharían definitivamente, con una mezcla de alegría y tristeza.

...

Decidí que ya era tiempo de regresar a Las Tunas, ahora con mujer y dos hijos pequeños que apenas habían probado helados

y se encandilaban como nunca ante las calles asfaltadas de la ciudad que también había crecido.

Volví a Las Tunas para no salir más aunque fuera un compromiso tonto, total qué me importaba Las Tunas, acaso sus calles no eran como las de otro pueblo cualquiera, acaso no había esas calles polvorientas, ese asfalto agrietado, el agua sucia que corre por los contenes, acaso no estaban además las casas viejísimas de tejas componenda con aquellas más nuevas que siempre me gustaron y que debieron construirse en los años 50, qué podría importarme la maldita gente caminando de un lugar para otro de la misma manera en que deberían caminar las gentes de otras partes del mundo, qué tontería entrañaba esta decisión, tan vulnerable como cualquier decisión que no le había confesado a nadie, qué compromisos podrían atarme a un lugarcito triste y lejano como no fuera encontrarme cada día a las mismas personas.

...

Ya no era aquel hombre joven que yo había conocido, bien plantado, de seis pies de estatura y mirada inocente. Ese joven pareció morir en Brooklyn con los años de

nostalgia y rencor. Las Tunas seguirá como siempre en su recuerdo, con los mismos colores en las fachadas de las casas y los mismos locos deambulando por el parque, como si todo se hubiera detenido a su partida. En su casa escuchaba con frecuencia los discos de La Aragón o de la Orquesta Fajardo o de la Riverside, escuchaba también a La Sonora Matancera y a Olga y Tony, sin comprender que a muchos de estos yo dejé de escucharlos en la radio de entonces. Porque estábamos él allí y yo aquí, el imaginando esa patria chica conforme a sus recuerdos, un pueblito sin sobresaltos en donde casi todo el mundo se conocía y la palabra de los mayores era ley, yo anhelando también aquellos tiempos en donde él aún estaba aquí y era mi orgullo salir a su lado y deambular por el parque, asistir a una película de cowboys en el cine Rivera, casi nunca al Martí donde alguien regó que había chinches y asistan los perversos sexuales y las gentes de la peor calaña y después me compraba un helado de chocolate, tan delicioso como nunca más pareciera que iría a probarlo, mientras me creía que era el protagonista valeroso del filme.

Carlos Tamayo Rodríguez: Poeta y escritor, estudioso de la vida y la obra de El Cucalambé. Graduado de Licenciatura en Letras en la Universidad de Oriente (1979), y máster en Ciencias de la Universidad de Las Tunas en el 2012.

Esther De la Cruz Castillejo: Graduada de Periodismo. Máster en Ciencias de la Comunicación. Periodista del periódico **26** con amplia trayectoria y resultados en el tratamiento de temas sociales y culturales.

Juan Morales Agüero: Graduado de Periodismo. Máster en Ciencias de la Comunicación. Periodista del periódico **Juventud Rebelde** con amplia trayectoria y múltiples lauros en su acucioso desempeño profesional.

Carlos Alberto Estrada Segura: Acucioso investigador y especialista del panorama de las artes escénicas en Las Tunas. Autor del libro **Teatro Tuyo, una historia para ser contada** (Editorial **Sanlope**, 2018).

Raúl Leyva Pupo: (Las Tunas, 1991) Narrador y poeta. Egresado del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso del curso 2015. Premio colateral de la AHS en el Concurso Regino Botí (Guantánamo, 2018). Poemas y relatos suyos han sido publicados en revistas y antologías nacionales.

Nelton Pérez Martínez: (Manatí, 1970). Narrador y poeta. Sus cuentos y poemas han sido publicados en antologías en Cuba y el extranjero. Entre otros lauros obtuvo el Premio de la Ciudad de Nueva Gerona 2000 y el Premio de Novela Erótica La llama Doble 2004 con el libro **El enigma y el deseo**. Premio Nacional de Poesía Paco Mir 2005 y 2010 con **Epístolas insulares** y **Conteos nocturnos**, respectivamente. Premio Internacional de Poesía Eduardo Carranza 2011, Colombia. Premio Alejo Carpentier 2015, este último con la novela **Infidente**.

Andrés Casanova: (Las Tunas, 1949). Narrador, poeta y escritor de guiones para la radio y el cine. Su obra ha sido publicada en revistas literarias de varios países.

Geonel Alejandro Rama Alemán: (Manatí, 1991). Joven narrador y poeta, miembro de la AHS que ya se alza con importantes lauros. Entre ellos, el Premio Calendario de narrativa 2021 con el cuaderno **Sinfonía de las cavernas**.

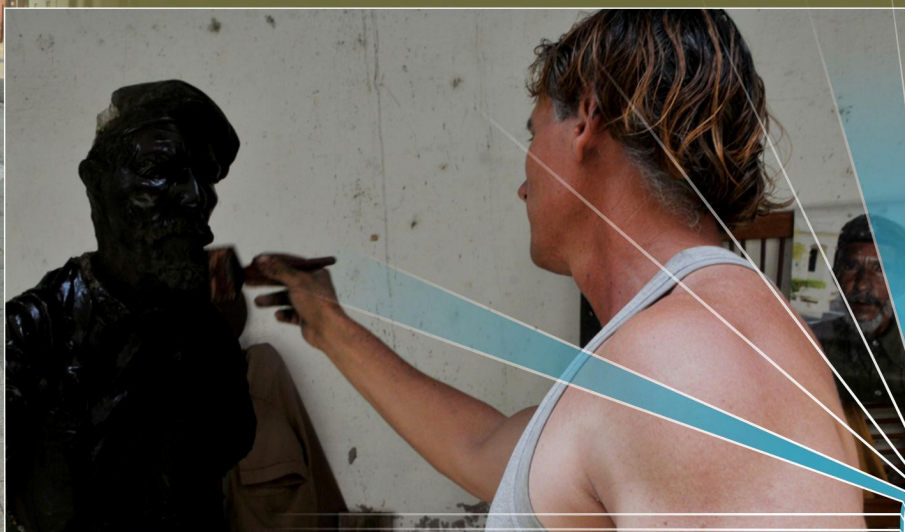
Guillermo Vidal Ortiz: Narrador. En su ilustre hoja de lauros descuellan los premios David (1986) por **Se permuta esta casa**, Uneac 1990 por **Confabulación de la araña**, Especial Hermanos Loynaz (1996) por **El quinto sol**, Internacional Casa Teatro de República Dominicana (1998) por **Las manzanas del paraíso**, Dulce María Loynaz (2000) por **Los cuervos**, Alejo Carpentier (2003) por **La saga del perseguido** y Oriente (2004) por **Las alcobas profundas**. Figura sobresaliente de la narrativa nacional.

En este número se han usado pinturas de Alexis Roselló y Jesús Vega Faura (Chucho). Con excepción de las fotos de archivo, el resto pertenece a Reynaldo López Peña.





En el año en que la ciudad de Las Tunas celebra su aniversario 225, recibe el regalo de uno de sus artistas de la plástica. Se trata de la escultura a Alberto Álvarez Jaramillo, más conocido por El Comandante, uno de sus queridos personajes. Obra en ferrocemento del creador Ángel Luis Velázquez (Puchi).



Líneas, por los ausentes

La ciudad se ha teñido también de muerte en este onomástico. Nada ha escapado a la terrible pandemia de la Covid -19 y, por eso, calles vacías, incertidumbre tras las puertas cerradas y muchas deudas de afecto, igualmente son el saldo de este tiempo espantoso, de polvo y de cactus, que nos ha tocado vivir. Sin embargo, aquí estamos, reverenciando su impronta mientras clamamos por años mejores para celebrar, como ella merece, la calma de su gente noble y el orgullo de andar por entre sus esquinas, sus esculturas, su suerte. Ya son más de dos siglos de historias y leyendas y eso es, sin dudas, espuela y rugido para continuar.

